

CARLOS CASTILLO LÓPEZ

CARTAS A UN JOVEN POLÍTICO



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS



CONSEJO EDITORIAL
CÁMARA DE DIPUTADOS

CARTAS A UN JOVEN POLÍTICO

CARLOS CASTILLO LÓPEZ

CARTAS A UN JOVEN POLÍTICO

CARLOS CASTILLO LÓPEZ



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS



CONSEJO EDITORIAL
CÁMARA DE DIPUTADOS

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO
LEGISLATIVO Y POLÍTICO MEXICANO

Cartas a un joven político
Carlos Castillo López
Primera edición, 2013.

COORDINACIÓN EDITORIAL
Enzia Verduchi

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Daniela Rocha

CUIDADO DE LA EDICIÓN
Francisco de la Mora

FORMACIÓN ELECTRÓNICA
Susana Guzmán de Blas

CORRECCIÓN
Anaïs Abreu / Emiliano Álvarez

© Carlos Castillo López, por el texto.

© Cámara de Diputados, LXII Legislatura
Avenida Congreso de la Unión No. 66
Col. El Parque, Del. Venustiano Carranza
C.P. 15960, México, D.F.

© Pámpano Servicios Editoriales S.A. de C.V.
Avenida Paseo de la Reforma N. 505, piso 33,
Col. Cuauhtémoc, Del. Cuauhtémoc
C.P. 06500, México, D.F.

ISBN: 978-84-15382-99-7 (Del título)

ISBN: 978-84-939478-9-7 (De la colección)

D.L.: M-15733-2013

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier modo o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin la previa autorización expresa y por escrito de los editores, en los términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| Presentación | 9 |
| Prólogo, por Juan Pablo Adame Alemán | 11 |
| Introducción, por Carlos Castillo López | 15 |
| Carta I | 19 |
| Carta II | 23 |
| Carta III | 29 |
| Carta IV | 35 |
| Carta V | 41 |
| Carta VI | 49 |
| Carta VII | 55 |

| | |
|------------|----|
| Carta VIII | 61 |
| Carta IX | 69 |
| Carta X | 75 |
| Carta XI | 81 |
| Carta XII | 87 |
| Carta XIII | 93 |

PRESENTACIÓN

El quehacer político, la política y los políticos hoy se encuentran en la disyuntiva de la participación ciudadana como elemento clave para la toma de decisiones que nuestro país requiere. La política ha dejado de ser una ideología definida, como lo fue en las décadas pasadas. Por más que nos empeñemos en hacer distingos ideológicos, sus bases son hoy tan difusas que poca fortuna tenemos al tratar de precisarlas.

Sin duda son muchas las obras que a lo largo del tiempo han tratado de definir o circunscribir una determinada ideología, un determinado tipo de pensamiento o acción política. También son muchas las que en la actualidad analizan globalmente realidades, tratando de definir o, cuando menos, acercarse a los hechos ciudadanos como parte de las decisiones políticas, pero olvidan que las relaciones que las antecedieron son el objetivo para sus acciones presentes y futuras.

En este sentido, el Consejo Editorial de la Cámara de Diputados, durante la LXII Legislatura, ha trabajado para consolidar una vocación editorial que defina el carácter de nuestras publicaciones. Nuestra misión y visión nos han dado el marco perfecto para ello: “fortalecer la cultura democrática y al Poder Legislativo”. Así, se propuso recuperar las obras formativas de nuestra nación. Ya sea desde el periodismo y la crónica, ya desde

de la filosofía, el derecho y el quehacer legislativo, la conformación de una “Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano” permitirá la publicación de obras esenciales para entender el entramado complejo que es nuestra política actual.

Tras la Independencia, la organización del joven país requirió de una intensa labor legislativa para reconocer que la soberanía reside en la Nación. Esto se prolongó hasta el afianzamiento como República por medio de las Leyes de Reforma, que constituyó la revolución cultural más trascendente del siglo XIX mexicano, y su amplio recorrido durante dos siglos está representado en los estatutos que actualmente rigen el Estado.

De esta manera, la colección “Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano” rescata una visión distinta de nuestro fuero y difunde los principios de libertad, integridad y democracia del pensamiento legislativo y político.

Pensar hoy en la historia de nuestro país, nos obliga a ser más críticos. Por ello, el impulso de este Consejo Editorial para apoyar la difusión de la cultura política y el fortalecimiento del Poder Legislativo nos inspiran a acercarnos a las nuevas generaciones en su propio lenguaje y formas de comunicación. Pensar en los libros como una extensión de la memoria, como decía Jorge Luis Borges, nos motivó a buscar los lectores ideales para nuestras publicaciones: los jóvenes. Hoy, su participación política es fundamental para México. Por esta razón, recuperar, en ediciones sencillas y breves, los escritos de quienes, desde sus distintas tribunas, han sido a la vez formadores y críticos de las instituciones que hoy nos rigen, nos ha permitido confiar en la recuperación del pasado más inmediato para seguir forjando la ruta del futuro más próximo.

Consejo Editorial
Cámara de Diputados
LXII Legislatura

PRÓLOGO

Conocí este proyecto en un departamento en Coyoacán: rodeado de libros y con una copa de vino en la mano, frente a mí estaba un joven que conoce al Partido Acción Nacional no sólo por la lectura de su historia, sino mediante la vivencia de y con su padre y su legado partidista. Carlos Castillo López siempre se ha preocupado por los jóvenes, por los de Acción Juvenil, y por mantener lo más puro del partido. Con esta idea en mente fueron escritas estas cartas. Las trece misivas que componen este pequeño volumen harán vibrar tu corazón y traerán a tu memoria gratos recuerdos, así como una dosis de autocrítica, que siempre será bien recibida, para encontrar en ella la fuerza necesaria para mejorar.

La historia que hoy nos toca vivir no es fácil; perdimos la Presidencia de la República apenas en julio de 2012. Hemos sido testigos de lo que podría declararse una catástrofe partidista. A pesar de la derrota, nuestra generación debe ser realista y tener esperanza. Debemos situarnos más allá de la coyuntura electoral y ponernos en contexto, porque el México que nos tocó vivir inicia en una realidad que nuestros padres, abuelos y panistas fundadores no disfrutaron: estabilidad económica,

libertad de expresión, instituciones fuertes, alternancia en el Ejecutivo, entre otros. Este país tiene mucho por delante y, aunque nos enfrentamos a muchos retos, la lucha que dieron miles de mexicanos por dejarnos un país así nos compromete, pues tenemos todo el siglo XXI por delante.

Empecemos por un diagnóstico. Las causas de la derrota han sido analizadas desde distintos puntos de vista; sin embargo, uno de nuestros principales errores ha sido no formar adecuadamente a la generación que llegó después del triunfo del año 2000. Me toca ser parte de ese momento del panismo, de esa generación que hoy se conoce popularmente como “la del bono demográfico”, “la más grande en la historia del país”, “la que vivió la alternancia”, “la que creció mientras el PAN gobernaba”. En este contexto tenemos que hablarle a miles de mexicanos que decidieron ingresar a las filas de un partido político, el partido en el poder. ¿Qué significó estar en el PAN mientras era gobierno? ¿Cuáles fueron las causas que nos animaron para afiliarnos al PAN? ¿Fue la campaña del cambio? ¿Fue la campaña a la presidencia del primer Secretario Nacional de Acción Juvenil? ¿O fue la falsa expectativa de militar con el fin de trabajar en el gobierno?

Es sabido que los espacios de formación para los jóvenes en el partido después del triunfo en el año 2000 se diluyeron al grado de que hoy es muy poca o nula la formación en la técnica y en la práctica para los jóvenes que deciden ingresar y permanecer en el partido. Trato de recordar algunas historias de dirigentes nacionales que iban a dar cursos a los comités, como las que leí en estas cartas, pero no logro recordar una sola. En resumen, nos ganó la comodidad de saber que estábamos en el gobierno.

Hoy podemos mirar hacia atrás y lamentarnos, pero la vocación democrática y la fuerza de nuestra generación nos obliga

a levantarnos y seguir adelante. Para hacerlo hay varios caminos. Al leer estas cartas nos daremos cuenta de que no hay mejor sendero que apostar por nosotros mismos, por nuestra historia, por nuestros valores y principios, analizando el camino andado y fortaleciendo nuestra vocación de servicio.

Con este esfuerzo realizado por Carlos Castillo López, no existe forma de no apasionarse y querer escribir la historia del partido, pero no como la contaron otros panistas. Es imprescindible conocer nuestro legado para trascenderlo. Es obligatorio estudiar la larga lucha por la democracia y la alternancia que se dio desde nuestra fundación hasta el año 2000, así como el difícil ejercicio del poder hasta el 2012, frente a la tentación de acomodarnos en la silla o perseguir el difícil camino de la transformación y las reformas, y definir nuestro destino en lo que resta del siglo XXI.

Otras generaciones han pasado por este momento; el rumbo lo decidieron a partir de la generosidad, la prudencia y la visión. Esas definiciones han mantenido al partido como una fuerza que le ha dado a México una agenda de vanguardia sobre las verdaderas necesidades del país. Hoy nos toca decidir qué país construiremos a partir de la trinchera partidista; en lo personal, no me queda duda, debemos ciudadanizar la política, buscar más mujeres y hombres que se interesen por lo que pasa más allá de su metro cuadrado. No sólo habitantes, sino también ciudadanos que participen activamente al momento de votar y a la hora de gobernar.

Nuestro reto es lograr, desde nuestro espacio, dentro o fuera del gobierno, mayores libertades para el ciudadano, más espacios de participación ciudadana, gobiernos abiertos al escrutinio público, mediante la transparencia y la rendición de cuentas. Un compromiso de nuestro humanismo político es generar mayores bienes públicos para los ciudadanos.

Estas cartas pretenden ayudar a la formación de una generación preocupada y ocupada por la técnica y la práctica, que entienda la política como vocación de servicio permanente, que aprenda de los errores, que sea autocrítica, que dialogue con otras fuerzas políticas, argumente y logre acuerdos en beneficio de los que menos tienen. Que no tenga miedo de hablar del humanismo político como vía para la construcción de un mejor país y presuma con orgullo ser panista.

Con la lectura de estas cartas te invito a que vuelvas a creer, a que valores tus raíces, a que pongas la mira en alto y, sobre todo, a que nada nos detenga.

Juan Pablo Adame Alemán

INTRODUCCIÓN

Este epistolario surge a raíz de una reflexión y de una necesidad.

La reflexión es acerca del modo más didáctico y sencillo —que no simplista— de comunicar la historia del Partido Acción Nacional a quienes se acercan a sus filas por medio de la Secretaría Nacional de Acción Juvenil.

La necesidad es la de rescatar no solamente los datos, las fechas, los nombres y los grandes momentos del partido, sino, además, la intención de extraer de esas efemérides el espíritu que yace implícito, y que es, en pocas palabras, una fuerza que hace posible que la historia del panismo nacional avance más allá de los obstáculos, escollos y conflictos.

Una fuerza que nace de la determinación, del coraje, de la mística, de la camaradería, de unos principios y unos valores que se asumen como propios por quienes militan en Acción Nacional.

Una fuerza que une y solidariza a un grupo de mujeres y hombres libres que asumen como propia la tarea de servir a México por medio del PAN.

Ambos móviles —la reflexión y la necesidad— se intentan resolver en las cartas que dan forma y nombre a este tomo, y

que emulan otros esfuerzos similares llevados a cabo por autores que, conocedores de un tema, entablan una correspondencia con un interlocutor imaginario, a quien buscan adentrar en el campo de su especialidad.

En el registro de quienes llevaron a cabo este esfuerzo con anterioridad están el poeta Rainer María Rilke con sus renombradas *Cartas a un joven poeta*; el publicista Eulalio Ferrer con sus *Cartas a una joven publicista*; el Premio Nobel de Literatura Mario Vargas Llosa con sus *Cartas a un joven novelista*, entre otros.

Sin contar con la experiencia, el reconocimiento o el saber de los autores mencionados, pero sí cierto de que las jóvenes generaciones que se acercan al PAN requieren una herramienta que, más allá de la enseñanza teórica, sea un estímulo para profundizar en una doctrina y una historia compleja y rica, estas *Cartas a un joven político* son precisamente eso: un punto de partida, un mapa y una ruta para navegar por un partido político que se erigió sobre un sustento ideológico que, a la postre, coadyuvó para alcanzar las grandes transformaciones políticas de las que hoy goza nuestro país.

Si, por otra parte, con este breve libro se pretende un acercamiento introductorio al PAN, no es en ningún momento su intención ser un punto final, ni mucho menos un cuadro completo o absoluto de la historia del partido. Para ello, hay amplia y abundante bibliografía que complementa este trabajo, sin duda necesaria y fundamental para apreciar y conocer los detalles que, en estas páginas, por las características propias del género epistolar, se han omitido voluntariamente.

Tocará, a quienes interese, ahondar en esos tomos ricos en ideas, historia, reflexión y anécdotas que bien vale la pena conocer. Estas trece cartas no agotan esos contenidos ni los

sustituyen, y sí, en cambio, son una invitación a descubrir la enorme tradición escrita que el PAN ha legado como parte de su actuar en la historia moderna de México.

No queda sino agradecer a quienes han leído estas líneas, a quienes han aportado su opinión y su crítica, y a quienes han impulsado su edición y publicación. Destaco el apoyo de Claudia Villa, de Kalyope Rodríguez, de César Navarrete, de Arturo García Portillo, de Juan Pablo Adame Alemán y de Nada Nos Detiene A. C.

A ellos está dedicado este esfuerzo.

Carlos Castillo López

CARTA I

Estimado amigo:

Antes que nada, quiero agradecer tu carta, en la que expresas tu decisión de ingresar a la filas del Partido Acción Nacional. Festejo contigo este paso que has dado y estoy seguro de que el camino que elegiste es el mejor para incidir y trabajar de manera positiva y propositiva por México, desde el ámbito de la política.

Me resulta un tanto novedoso recibir una misiva como la tuya, pues mi militancia en el PAN es corta y no sé qué tan apta sea mi experiencia para resolver tus dudas. No obstante el breve periodo que he trabajado en el partido, sí puedo decirte que, desde mi infancia, tuve una relación cercana con panistas de todo el país, y que ésta se intensificó a partir de mi trabajo como editor en la Fundación Rafael Preciado Hernández, en el área de discursos de la Presidencia de la República y en la dirección de la revista *La Nación*, órgano oficial de comunicación del Comité Ejecutivo Nacional.

Así que, con este bagaje, breve en tiempo, pero, creo yo, rico en experiencias, me gustaría responder a algunas de las preguntas que planteas y establecer un diálogo que pueda ser útil a quienes han decidido participar en la política mexicana

desde un partido que, como ningún otro, ha contribuido a consolidar la democracia en nuestro país.

Porque es cierto que las condiciones en las que hoy se desarrolla nuestra vida pública no siempre han sido como son en este siglo XXI; hace apenas un par de décadas era impensable que otro partido que no fuera el oficial accediera al poder. Ni siquiera existía el Instituto Federal Electoral, los padrones confiables, la credencial para votar con fotografía, la libertad de prensa, el Tribunal Electoral y muchas otras herramientas con las que hoy contamos para ejercer dignamente, y en el marco institucional, nuestro derecho a elegir, a participar y a opinar con libertad.

Seguramente encontrarás por ahí a muchos panistas que podrán hablarte de esos tiempos, cuando pintar una barda o repartir un volante en los que se apoyara a nuestros candidatos o se difundieran nuestra ideas podía pagarse con la cárcel, en el mejor de los casos, o con la vida, cuando la intolerancia llegaba al punto de aniquilar a quien pensara diferente.

Los grandes nombres del panismo que aún están entre nosotros sufrieron en carne propia el autoritarismo del partido hegemónico: algunos perdían el trabajo, otros empeñaban su patrimonio para tener recursos y hacer una campaña, muchos más eran señalados en sus comunidades, perseguidos, criticados o apresados por las fuerzas del orden, que estaban al servicio del gobernante en turno.

Hoy esas cosas han cambiado. Contamos con marcos legales que protegen y garantizan la actividad política, con presupuestos destinados a la promoción de nuestras ideas, con una serie de logros que son, precisamente, fruto de la tenacidad de aquellos que no se rindieron ni ante las peores adversidades, porque sabían que un bien superior abanderaba su sacrificio.

Ese bien superior, al cual está supeditada toda la actividad de Acción Nacional, es México y cada uno de sus habitantes, sus niños, sus jóvenes, sus viejos, las mujeres y los hombres de bien que, día a día, luchan por ser mejores y por los cuales tú, al adquirir el compromiso de participar en la política, deberás seguir trabajando, tomando la estafeta de trabajar “por una Patria ordenada y generosa, y por una vida mejor y más digna para todos”.

Es por ello que, líneas arriba, te comentaba mi sorpresa por tu solicitud de que sea precisamente yo, y no uno de esos panistas de la vieja escuela, quien resuelva tus dudas. A veces, por desgracia, pasa que nos olvidamos del impulso que deben tener por parte de los “grandes” las nuevas generaciones y nos encerramos en el laurel de la victoria o en el de la comodidad. Sin embargo, creo que la generosidad que hace más de setenta años tuvieron hombres de la talla de nuestros fundadores, debe replicarse en todo momento, en toda situación y sin escatimar esfuerzos. Es decir, la generosidad que lleva el lema del partido debiera ser un sello distintivo de todo panista.

Esto no siempre sucede, y sin duda dependerá de jóvenes entusiastas como tú el que esta tradición de compartir experiencia y conocimientos se mantenga viva entre nosotros, para bien de las generaciones presentes y futuras. Si crees que este comentario es grave, te aseguro que, si de algo necesitamos para mejorar como personas y como grupo humano, es de la autocrítica. No temas nunca a mencionar los errores ajenos ni al señalamiento de tus propios yerros. Por eso hablamos de generosidad, que va aparejada con la humildad. Eso sí, hazlo siempre por el camino más adecuado, pues no es lo mismo lanzar un ataque contra un compañero en público que tener la prudencia de esperar el mejor momento para construir un

espacio de diálogo donde las partes sean capaces de llegar al acuerdo.

El PAN y México necesitan hoy, como nunca, de estos espacios donde se compartan ideas, se presenten propuestas y se llegue a conclusiones que satisfagan a las partes, siempre en el entendido de que todo debe girar en torno a tener un mejor partido y un mejor país. Estos espacios casi nunca están cerca de los reflectores ni de las cámaras o las grabadoras: los encontrarás, más bien, en la charla, en las mesas de trabajo, en los ideales que nos unen, en la tradición que nos respalda, y que es necesario renovar constantemente para poder dejar a los que vienen detrás de nosotros una nueva tradición que se alimente no sólo del pasado lejano, sino también del cercano.

Recibimos como panistas una gran herencia. Te toca a ti, como en la parábola, decidir si la dilapidas, si la guardas y la dejas intacta, o si la multiplicas. Esto es parte de lo que se ha llamado “mística panista”; pero el tema es largo y creo que será motivo de nuestra siguiente conversación.

Te refrendo mi gusto y mi agradecimiento, porque, en este primer contacto mutuo, ya hemos generado un espacio de diálogo. Felicidades por tu decisión, que es grande e importante, porque, como puedes leer, has decidido poner tu talento, tu esfuerzo y tu pasión para trabajar por México.

Hasta la próxima.

CARTA II

Estimado amigo:

Hoy te quiero contar de uno de los hombres más ilustres, generosos y dedicados que han trabajado por nuestro país: Manuel Gómez Morin. Creo que pocos como él, y como buena parte de su generación, entendieron con altura de miras la enorme responsabilidad que tenían en sus manos: la de construir un país desde sus instituciones.

Te invito a hacer un ejercicio de imaginación.

Situémonos en el año de 1915, en ese México todavía envuelto en una guerra civil, conflicto bélico que diezmo a la población y que todavía duraría seis años más. Las instituciones que hacían falta para dar cauce a la joven república eran apenas proyectos: la salud, el campo, la educación, la vivienda, la infraestructura carretera y muchos otros avances sociales de los que hoy gozamos muchos mexicanos, no existían.

En ese país aún anárquico (cuyo gobierno, ya en tiempos de paz, estaría presidido por militares que se autoproclamaron “herederos de la revolución”), varios ciudadanos preparados, con gran iniciativa y concientes de las necesidades que tenía México de cara al presente y al futuro, decidieron formar un grupo, a la postre llamado “Los siete sabios”, integrado por

Alberto Vázquez del Mercado, Antonio Castro Leal, Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Caso, Teófilo Olea y Leyva, Jesús Moreno Baca y Manuel Gómez Morin. A iniciativa de este último, se reunieron bajo el nombre de “Generación 1915”.

Cada uno hizo, en su propia especialidad, aportaciones invaluableles al desarrollo de México: el derecho, la arqueología, la educación, la literatura, los derechos de los trabajadores fueron sólo algunos de los campos que abarcaron. Me parece importante que, como joven panista, conozcas las hazañas de cada uno de ellos, pues son ejemplos de la gran diferencia entre un habitante de un país –que es el que sólo mira de la puerta de su casa hacia adentro–, y un ciudadano –que es quien se preocupa por lo que sucede más allá de su propio hogar–. El libro *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, de Enrique Krauze, es un excelente camino para descubrir sus acciones y su legado.

Por ahora, me detendré unos párrafos en la vida de Manuel Gómez Morin. De él habrás escuchado ya seguramente: es referencia fundamental para los panistas y, poco a poco, se valoran más sus aportaciones al México moderno, que no son pocas ni menores, pero que el régimen mantuvo fuera de los libros de historia, en ese afán absurdo de proscribir a aquellos que no pensaban igual. La pluralidad y la diversidad son valores que no siempre han gozado del prestigio con que hoy cuentan. Por fortuna, hay nombres que los panistas han mantenido vivos y a resguardo del olvido; entre ellos está el de quien se considera, junto a Efraín González Luna y Miguel Estrada Iturbide, el fundador del Partido Acción Nacional.

Antes de ello, Gómez Morin trabajó activamente tanto en el gobierno como en la iniciativa privada. Fue, en palabras de Carlos Castillo Peraza, un “constructor de instituciones”

que sabía de la importancia de levantar los cimientos sobre los cuales descansaría el porvenir de México. De este modo, entre 1919 y 1927, sumó su esfuerzo y su conocimiento al de otros tantos para fundar el Banco de Crédito Agrícola, el Banco de México y la Escuela Bancaria y Comercial; fue también rector de la Universidad Nacional y consiguió su autonomía para la libertad de enseñanza, entre otros cargos públicos que podrás encontrar en una excelente biografía escrita por María Teresa Gómez Mont: *Manuel Gómez Morin, 1915-1939*.

En 1929, cuando José Vasconcelos se postuló a la Presidencia de la República, invitó a Gómez Morin a darle su apoyo, pero él se negó ya que, a su parecer, era más importante fundar un partido político que agrupara intereses ciudadanos que promover una candidatura en un país donde el caudillismo parecía ser la solución sexenal a todos los problemas.

La figura del caudillo ha acompañado la historia de México, antes incluso de que fuera un Estado como tal; ha hecho un gran daño y es, al parecer de algunos, fruto de nuestra propia idiosincrasia, que prefiere dejar en manos de otros el destino común, en vez de que sea cada uno el que tome su propio destino en sus manos. Sobre esto hay un libro ejemplar, que es *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz; ahí encontrarás la desgracia histórica que la figura del caudillo ha generado y que el régimen anterior a la democracia supo cultivar para quitarle a la gente su derecho no sólo a elegir, sino a participar activamente en las decisiones sobre su presente y su futuro.

En el PAN no creemos que haya un destino que irremediablemente deba condenarnos o salvarnos como nación. Creemos en la acción responsable, en la legalidad, en la vía institucional, en la fuerza de la ciudadanía. Estos han sido nuestros mejores

argumentos desde 1939, cuando el partido fue fundado en la ciudad de México, en una histórica asamblea en la que participaron delegaciones de todo el país; era septiembre de ese año y, durante un fin de semana, aquella primera generación de panistas discutieron, votaron y aprobaron los estatutos y la doctrina que se sometió a la asamblea y que redactaron don Efraín González Luna y el propio Gómez Morin.

Desde esa fecha, los ideales que han sido derrotero del trabajo político de Acción Nacional quedaron asentados y perduran hasta hoy. Es bueno aprenderlos a fondo, pues reúnen lo mejor de una corriente filosófica llamada humanismo político, suma del pensamiento de filósofos clásicos como Aristóteles y santo Tomás de Aquino, al que se añaden las teorías de pensadores contemporáneos como Jacques Maritain, Emmanuel Mournier, Emmanuel Levinas y otros tantos.

No quiero abrumarte con un listado de nombres y teorías que podrás encontrar en la obra de los grandes ideólogos del PAN, que tendremos ocasión de abordar en nuestros sucesivos intercambios. Sólo quiero destacar que estas ideas y esta doctrina son el eje de la actividad partidista: es lo que nos ha hecho distintos de otras opciones políticas y lo que ha permitido dar continuidad a nuestra labor por México.

En tu comité podrás encontrar esos textos básicos y, en caso contrario, es importante que exijas a tu secretario de Formación o al secretario de Acción Juvenil que los incluya en la biblioteca de las oficinas y que estén al alcance de todos. La lista de títulos que no puede faltar en ninguna sede panista incluyen a Manuel Gómez Morin (*1915 y otros ensayos*, así como la antología *Gómez Morin, constructor de instituciones*, preparada por Carlos Castillo Peraza); a Efraín González Luna (*Humanismo político*); a Rafael Preciado Hernández (*Democracia*); a

Efraín González Morfín (*Cambio democrático de estructuras*) y a Carlos Castillo Peraza (*El porvenir posible*).

Además, se ha editado una colección llamada “Ideas Fuerza”, que incluye a la mayor parte de los mencionados en el párrafo anterior, así como a Adolfo Christlieb, a Abel Vencio y a Carlos Abascal; esta colección incluye frases acerca de distintos temas y puede ser muy útil, pero es sólo un acercamiento a ideas profundas y no siempre sencillas. Te recomiendo mucho que acudas a las fuentes originales, que te prepares y ahondes en esas ideas que son las que sustentan nuestras plataformas políticas, nuestros proyectos de leyes y todo el trabajo que emana de funcionarios, legisladores y militantes de Acción Nacional.

Termino esta larga carta (y perdona que así sea, pero el tema de la doctrina panista me resulta apasionante), con una anécdota: cuando el marxismo se convirtió en la ideología de moda en Europa, a principios del siglo XX, era una serie de postulados filosóficos que, como su nombre lo indica, eran parte de la obra de Karl Marx. Cuando los marxistas tuvieron prisa por difundir su ideario, lo comenzaron a resumir en panfletos y libros, digamos, más digeribles, que resumían una filosofía en algunas pocas páginas.

Más adelante, cuando la prisa era mayor porque la carrera contra el liberalismo exigía masas para sumar a más y más ciudadanos de todo el mundo, esas pocas páginas se convirtieron en una serie de frases que se corearon en las grandes protestas de los años sesenta.

Así, lo que comenzó como una filosofía terminó en eslóganes que, a fuerza de repetirse, perdieron su significado y su capacidad de transmitir ideas concretas. Es importante tener esto en cuenta para evitar que a la doctrina del PAN le pase

lo mismo. Duda de quienes repiten como merolicos frases de los fundadores y nunca han ahondado en su pensamiento. Evita también repetirlas sin entenderlas a fondo y tener claros la historia que hay detrás de ellas, el contexto en el que nacieron, la obra de la que provienen e incluso la biografía de quien las pronunció.

Me despido, esperando no haberte abrumado, así como que esta carta sea un pequeño preámbulo, una somera introducción que despierte tu curiosidad acerca de la doctrina de nuestro partido: esa que hay que seguir difundiendo, esa que también hay que actualizar porque, como decía Castillo Peraza, la doctrina es inamovible, y la ideología es la adaptación a los problemas presentes que hacemos de nuestra doctrina.

Hasta la próxima.

CARTA III

Estimado amigo:

Me comentas que hoy tuviste la primera reunión en tu comité, con los integrantes de Acción Juvenil de tu estado. Qué bueno que te topas con un partido de puertas abiertas, donde los jóvenes tienen modo de participar, de aprender, de sumarse a las actividades, de tomar los cursos y la capacitación que son indispensables para entender y practicar cabalmente la doctrina del PAN.

Por desgracia, no pasa lo mismo en otras agrupaciones políticas; en lo personal, he visto a priístas de cuarenta años que le siguen cargando el portafolios a priístas de sesenta, esperando, detrás del jefe, una oportunidad para participar, para “que les toque”, dirían por ahí.

La gran ventaja de Acción Nacional frente a sus adversarios es su vocación democrática. El PAN es una organización que se dio a sí misma reglas que fueron votadas democráticamente: normas, estatutos, código de ética y una serie de instrumentos legales que garantizan que la participación, de quien así lo decida, sea en un marco de justicia, en el que, sin importar quién seas o de dónde provengas, tengas oportunidad de construir tu propio camino y de llegar hasta donde tu voluntad te lleve.

El modelo es meritocrático, es decir, que sean justamente los mejores, los que cuenten con más méritos, quienes se presenten ante la militancia para ser votados. Esto sólo es posible en un marco de democracia, de suerte que será una Convención la que elija a quien le parezca el perfil más apto.

La práctica interna de la democracia ha permitido al PAN tener los argumentos para exigir democracia en México. Ésa fue una de las batallas más importantes que libró el partido desde su fundación: que el voto fuera respetado, que la voluntad de la mayoría fuera la que decidiese el destino común de la Nación. Para lograrlo, fue necesario partir de instituciones que garantizaran que esa participación y ese voto tuvieran el enorme valor que le damos en el PAN. El voto es el arma de la paz, y la participación en las elecciones es fundamental para que entre todos asumamos la construcción responsable de nuestro país.

De esa larga lucha nació el Instituto Federal Electoral, el Tribunal Electoral, el padrón de electores, la credencial para votar con fotografía, la convocatoria para que fuese la propia ciudadanía —y no los partidos; mucho menos el gobierno— quienes contarán los votos y se sumaran a la organización de los comicios. Todos estos términos que hoy son moneda corriente en nuestro país exigieron una batalla dura, complicada, que incluso costó vidas a lo largo del siglo XX, pero que, al final, nos permite tener gobiernos y representantes legítimos, electos por la vía legal y en apego a los reglamentos que, como sociedad, nos hemos dado.

Por eso es tan importante, para los panistas, cuidar de nuestras instituciones: porque sabemos cuánto sacrificio tomó consolidarlas. Por eso es importante respetar los designios de la autoridad electoral, defenderlos, apelarlos por la vía institucional

cuando los consideramos injustos, pero asumir siempre sus decisiones, porque son ellos los que tienen la última palabra.

En tu carta me comentas sobre las dudas que tienes respecto de qué estudios pueden complementar tu formación en la política. Sin duda es necesario conocer algunos preceptos básicos de derecho, de economía, de historia, de la doctrina del PAN, de organización electoral, pero mucho de esto son conocimientos que puedes ir adquiriendo por ti mismo, desde la práctica y la participación en las actividades cotidianas del partido, o mediante la lectura de algunos de los autores que te mencioné en la carta anterior.

También te recomiendo, cuando te sea posible, escuchar el testimonio de los viejos panistas, de los que vivieron en carne propia las gestas heroicas por la democracia de nuestro país. Hay relatos, anécdotas y experiencias que sólo se transmiten de manera oral; acude con ganas a las pláticas que organice tu comité y, cuando te sea posible, acude a las que organicen otros.

La historia local del partido es muy valiosa y es difícil encontrarla en los libros, salvo por aquella colección llamada *Memorias del PAN* que inició Luis Calderón Vega y que continuaron otros autores, aunque, por desgracia, no se ha actualizado, además de que, a mi parecer, ya no podría extenderse más en ese formato, pues el PAN ha crecido en los últimos años mucho más de lo que cabe enumerar en cualquier libro.

Creo que me he desviado de nuevo del tema original y de tu pregunta inicial. Me dices que te quedó un mal sabor de boca, después de la reunión a la que acudiste, por una discusión que tomó varias horas y cuyo resultado fue adverso al que tú defendías. En principio, te digo que discutir, escuchar argumentos ajenos y exponer los propios son unos de los grandes

valores de la democracia, pero que deben llevar de la mano la voluntad de trascender la discusión para llegar a los acuerdos.

Habrà ocasiones en que logremos, con ideas, con retórica, con el uso de la palabra, convencer y ganar una votación. Habrà veces en que seamos derrotados y la mayoría nos niegue el triunfo. En uno y otro casos es importante hacer valer la generosidad. Los grandes avances democráticos sólo se logran cuando las partes están dispuestas a ceder y dejamos de lado la postura del “todo o nada”, la cual suele terminar en nada.

No será la primera ni la última vez que participes en las discusiones y quizá llegue a ocurrir que a la postre la postura derrotada sea la que tenga la razón. Entonces habrá ocasión para un nuevo debate, para corregir el rumbo y seguir avanzando. Nuestras instituciones son falibles, porque están hechas de mujeres y hombres, que, por definición, somos imperfectos, por lo que el error está siempre latente. Pero será preferible equivocarnos y enmendar juntos que vivir en la ilusión soberbia de que todo lo que decimos es irrefutable. Te recomiendo tener siempre una postura crítica, cuestionar argumentos, prepararte bien para el debate, ser firme en tus convicciones, pero también tener la humildad para reconocer cuando te equivocas o cuando la razón de los otros es mejor que la tuya.

La generosidad, de nuevo, es fundamental para la convivencia en cualquier organización, máxime en la nuestra, que la lleva como lema, y no debe sólo quedarse en el papel, sino practicarse tanto en la actividad cotidiana como en las decisiones colegiadas.

Habrà veces en que, ya te tocará presenciarlo, un grupo triunfe sobre otro en la elección de tu secretario nacional o estatal, y podrás medir la calidad humana de quien quede al frente por su generosidad con el derrotado: quien se empeña

en incluir a su equipo exclusivamente, aun a sabiendas de que en otros equipos hay personas de más talento, no estará rodeado por los mejores, faltará a la meritocracia que te comentaba líneas arriba, y muy probablemente tendrá un desempeño, si no mediocre, sí de mucho menor nivel que si reuniera a quienes posean las mejores cualidades.

La práctica de la generosidad es compleja y suele empañarse por el orgullo. Para evitarlo, las contiendas, los debates y las discusiones deben tener siempre lugar en un marco de respeto y de apego a las normas, para que, al final, las heridas propias de toda competencia no generen divisiones profundas que afecten el desempeño del grupo en general. No acudimos a un campo de batalla. Participamos de manera entusiasta y alegre, esgrimimos ideas y razones, en el entendido de que quien está enfrente es un compañero de partido pero, ante todo, un ser humano.

Espero que sigamos esta correspondencia y que lo aquí expresado te sea de utilidad para tus futuras actividades.

Hasta la próxima.

CARTA IV

Estimado amigo:

Me da mucho gusto que estas cartas te animen a conocer más, a profundizar y a estudiar las ideas que dan vida a la práctica política del PAN. En respuesta a tu pregunta: no, no tengo problema alguno en que las compartas con otros que, como tú, tienen la inquietud de ahondar en la historia del partido para ser mejores militantes y, también, prepararse para enfrentar a nuestros adversarios políticos.

Esa práctica que propones, la de crear un grupo de estudio para comentar diversas lecturas, creo que es, también, una muy buena idea, pues así podrán compartir inquietudes, dudas, así como estrechar los lazos de camaradería y amistad que son necesarios en cualquier agrupación y que fortalecen el trabajo cotidiano.

Quizá en este momento tu participación sea voluntaria, pero si buscas profesionalizarte en la labor de servicio que va aparejada con cualquier cargo público o de partido, esos lazos que vayas formando te ayudarán a entender de mejor manera las dinámicas del poder, que no son siempre gratas ni muchos menos libres de lo que anteriormente llamé errores humanos, pero que siempre y ante todo debemos dignificar con la lealtad, la honradez, la amistad y la generosidad.

Caeré de nuevo en la tentación de recomendarte una lectura: se trata de las cartas entre Manuel Gómez Morin y Efraín González Luna, reunidas bajo el título *Una amistad sin sombras*. En esta correspondencia podrás comprobar cómo esa camaradería que te mencioné líneas arriba puede y quizá deba trascender el ámbito de la política para ser una auténtica amistad que, como quería el filósofo francés Albert Camus, no debe jamás rondar en la complicidad ni mucho menos solaparse en lo secreto ni lo turbio, sino más bien aceptar la crítica, el dissentimiento y el señalamiento.

Ten cuidado con quienes dicen sí a todo sin jamás cuestionar nada, pero también sé cauteloso con quienes reniegan de todo sin ser capaces de ser propositivos, de exponer alternativas. Busca que tus relaciones con otros militantes cuenten con ese espacio para la diferencia, que no significa pelea ni mucho menos enemistad; quien asume que todos deben coincidir con sus ideas está más cerca del absolutismo o el totalitarismo que de la actitud democrática que buscamos fomentar en nuestros cuadros, para después difundirla entre los ciudadanos.

En esta ocasión quería hablarte, además, del modo en que funciona la organización de Acción Nacional; esto es, la manera en la que se conforman los diversos órganos que son las autoridades máximas del partido. No te preocupes, no me detendré demasiado en reglamentos ni estatutos: éstos y aquéllos puedes encontrarlos en la página web del PAN (www.pan.org.mx) o en la biblioteca de tu comité; más bien buscaré explicarte lo que a mi parecer es el espíritu que anima a estos organismos.

En primer lugar, está el Consejo Nacional, llamado la “conciencia del partido”, que tiene como responsabilidad tomar las decisiones más importantes y trascendentes a nivel nacional. Este consejo está integrado por panistas de todo el país, que

son electos de manera democrática en una Asamblea Nacional, y se renueva cada tres años; además, lo integran gobernadores, coordinadores legislativos federales, los presidentes de los comités directivos estatales, el secretario de Acción Juvenil, ex presidentes nacionales y consejeros vitalicios (aquellos que han sido electos como consejeros nacionales en más de cinco ocasiones consecutivas).

En el Consejo Nacional se resuelven los distintos temas que atañen al interés general del partido. Es un espacio de discusión, de reflexión y de acción no exento de debates fuertes, en los que la retórica, la oratoria y el cabildeo salen a relucir para argumentar puntos a favor o puntos en contra. Si alguna vez tienes ocasión de presenciar, o mejor aún, de ser parte de este consejo, podrás constatar cómo la vocación democrática del PAN tiene su vida más intensa en ese órgano resolutorio: todas las decisiones del Consejo son votadas antes de ser aprobadas o rechazadas, para garantizar que son resultado de la voluntad de la mayoría y no capricho o imposición de unos cuantos.

Por otra parte, la Asamblea Nacional que elige a los consejeros es una auténtica fiesta democrática; en ese gran evento, se dan cita los delegados de todo el país para votar a quienes integrarán el consejo. Su organización es compleja y va precedida de diversas asambleas municipales y, posteriormente, estatales, de las que surgen las candidatas y candidatos que competirán a nivel nacional. Suele durar dos días, en los que los acuerdos y las negociaciones entre grupos son otra expresión de la democracia que se vive en el PAN.

Debo decirte que no será extraño encontrar a quienes, mediante listas ya pactadas, buscan convencer a los delegados de votar por tal o cual propuesta; esta práctica, a pesar de ser ajena a la democracia, se ha vuelto común y, a mi parecer,

deberíamos extirparla de tajo: para ser tal, un auténtico demócrata vota tras reflexionar y meditar el perfil que será mejor no sólo para su partido sino para México, dejando de lado ambiciones grupales o esas supuestas amistades que exigen un voto a cambio de una prebenda o un favor. El voto debe ejercerse en libertad, es secreto y nadie podrá pedirte cuentas de tu decisión, porque es personal; cuando sea la ocasión, elige siempre pensando en quienes sabrán poner en alto el nombre de Acción Nacional.

Este consejo será, a su vez —y en ello radica la importancia de que sean las y los mejores panistas quienes lo integren—, el que elija al presidente nacional del partido. Con la misma vocación democrática, cada candidato para ese cargo hará campaña por todo el país, sumará apoyos y llegará a la sesión correspondiente para exponer por qué su proyecto es el más adecuado. En la revista *La Nación* se encuentran las crónicas, los discursos y los grandes momentos de esas fechas, cuando las palabras son capaces de mover almas, de cambiar intenciones de voto y de defender candidaturas, usando la fuerza de las ideas.

Todo esto que te describo tiene su réplica a nivel estatal; esto es, para elegir al presidente del comité de cada entidad. Tal vez podrá parecerle un método largo y complejo, y sin duda lo es, pero sólo así puede garantizarse a todos los panistas que quienes están al frente del partido provienen de un consenso apegado a reglas con las que todos estamos de acuerdo, de modo que los dirigentes emanados de estos ejercicios democráticos cuenten con la autoridad moral y legal que asegura la unidad de todos en torno a nuestros líderes.

Puede ocurrir, como en la discusión que me comentabas en tu carta anterior, que el candidato o la propuesta que tú apoyes

no sea electo. En esos casos, la actitud institucional dicta que, una vez terminada la votación y declarado el triunfador, todos los competidores se sumen al proyecto de quien resulte ganador. Esto es fundamental no sólo para los dirigentes, sino para la propia militancia, y debe imperar la misma unidad y el mismo respaldo para quienes resulten electos o designados candidatos para los cargos de elección popular.

En estos casos, el método puede variar y la decisión debe venir del Comité Ejecutivo Nacional. Esta práctica ha causado, desde el año 2007 (cuando se aprobó, también por mayoría del panismo), ciertos descontentos e inconformidades, pues se suprimen las convenciones en las que se elige a quien representará al partido y porque la candidatura se designa desde un órgano superior. A mi entender, si estas son las reglas que entre todos nos dimos, son las que todos debemos practicar y acatar; en caso de estar en desacuerdo, el PAN cuenta también con los medios oficiales para expresar cualquier reclamo o cuestionamiento, y deberá ser por esos organismos que se manifieste.

Cuando esté en tus manos, evita secundar a quienes buscan el reflector, la prensa o los titulares de noticieros y periódicos para hacer escuchar sus quejas. Esto no sólo debilita, ante la sociedad, al que será candidato, sino que genera la impresión de un partido débil, sin capacidad de ponerse de acuerdo, indisciplinado y dividido. A nivel nacional y estatal, existe la Comisión de Elecciones, una especie de IFE interno que podrá canalizar y resolver los cuestionamientos y dudas sobre los procesos. Ellos emiten, a su vez, las convocatorias para los tiempos y las reglas de cada elección. Si la inconformidad no quedara del todo resuelta, se puede acudir al TRIFE, que tendrá la última palabra en toda controversia.

Te recuerdo cuánto ha costado, a muchas generaciones de mexicanos, contar con este organismo que dirime diferencias y que es la autoridad máxima en materia electoral. Acudir a él es válido, pero hay que diferenciar entre la injusticia y el capricho. No todos podemos ser diputados ni presidentes ni representantes. Hay quienes tienen mejor perfil para unas trincheras, y otros cuyo trabajo es excelente en temas de organización, de capacitación y demás tareas que también son indispensables para que el partido funcione de manera óptima.

Con lo anterior quiero decirte que la humildad es una virtud, y que entender claramente cuáles son tus atributos y tu mejor forma de apoyar el trabajo del PAN será el camino óptimo para dar lo mejor de ti. No aspire a ser tribuno si no has desarrollado facilidad de palabra; no aspire a representar al pueblo mexicano si no lo conoces a fondo, si no has estado en contacto con sus necesidades, sus alegrías, su dolor y su sufrimiento. Los grandes líderes son aquellos que saben estar a la altura de las necesidades de su tiempo, pero también aquellos que saben cuándo y en qué trincheras son más necesarios.

Me despido por ahora, reiterándote que esa idea de organizar y fomentar grupos de estudio y discusión fue característica de las primeras horas del panismo, y que, de ese intercambio, surgieron los grandes nombres que no dejarán de aparecer en esta correspondencia nuestra; uno de ellos fue Adolfo Christlieb, pero de él te platicaré en nuestra siguiente carta.

Hasta pronto.

CARTA V

Estimado amigo:
Antes de abordar el tema que me había propuesto para esta ocasión, me detendré un poco en los comentarios de tu última carta, acerca de la importancia de conocer nuestro pasado como nación para tener una mirada clara del presente y del futuro común a todos.

Comenzaré por decirte que muchos jóvenes de tu generación, quienes votarán por primera vez en las siguientes elecciones o que apenas acaban de emitir, por primera vez, su voto, eran muy chicos para recordar cómo era el México gobernado por el PRI; no obstante, aún quedan resquicios de ese pasado que frenó y bloqueó nuestro desarrollo en muchos estados y municipios que no han conocido la alternancia política ni se han beneficiado con servidores públicos responsables, serios y profesionales.

Entidades como Tabasco, Veracruz, Coahuila, Tamaulipas y muchas otras son muestra clara de cómo fue nuestro país durante la mayor parte del siglo XX: un territorio donde la corrupción era el modo de hacer valer la justicia; es decir, donde la ley beneficiaba al que podía sobornar a jueces o autoridades. Una nación en la que el erario público servía para llenar las

arcas de gobernantes que gozaban de la protección del Estado. Un pueblo abatido por la pobreza, sin oportunidad de mejorar por la falta de escuelas, azolado por las crisis económicas de cada sexenio, que hacían que el dinero perdiera su valor, que los precios se quintuplicaran de un día para otro, que el ahorro de las familias desapareciera, que las tasas de interés se multiplicaran de la noche a la mañana, y una suma de consecuencias propias de la mala administración pública.

Ni siquiera el descubrimiento de yacimientos petroleros en nuestros mares y la riqueza que éstos produjeron en los años setenta sirvió para paliar las necesidades de la población, sino más bien para enriquecer aún más a la clase gobernante. Todo eso era moneda corriente hace veinte años. Los periódicos y los noticieros mentían para mostrar el rostro falso del gobierno; aquellos que se atrevían a decir la verdad eran censurados, arrestados y algunas veces asesinados. Cualquier manifestación pública de descontento terminaba a palos, en el mejor de los casos, o a balazos, como ocurrió en los trágicos sucesos de octubre de 1968, en la Plaza de Tlatelolco de la ciudad de México, por mencionar sólo el ejemplo más sanguinario.

Las elecciones, por su parte, eran una tropelía de ilegalidad, de fraudes, de urnas robadas; votaban hasta los muertos, y siempre por el PRI; ganaban siempre los mismos que, desde los palacios de gobierno, organizaban procesos, contaban las actas y dictaminaban al ganador. No había autonomía en los órganos electorales, que servían con sumisión al presidente en turno y aseguraban la sucesión al amigo, al compadre, al que garantizara seguir con esa historia de impunidad, crisis, saqueo y atropellos que representa buena parte del siglo XX.

Tú no viviste para ser testigo de esto, pero seguramente tus padres y tus abuelos guardan en la memoria aquellos anuncios

de devaluación que obstaculizaban cualquier clase de crecimiento personal y común. Si quieres conocer más de todo esto, el único medio de información del país que dio cuenta, si no de todos, sí de buena parte de estas tropelías, fue el órgano oficial de información del PAN, la revista *La Nación*.

En sus viejos números hallarás el recuento de fraudes, crisis, crímenes e impunidad que asolaron a México tanto en el nivel federal como en el estatal; fundada por uno de los periodistas más célebres del país, Carlos Septién, *La Nación* es una fuente invaluable para conocer el otro lado de la historia de nuestro país: no la oficial, que durante décadas llenó los libros de texto, sino la que de verdad acaecía, y que ningún otro medio registró con objetividad y veracidad en su momento.

Por todas esas cosas que representó y que aún representa el PRI, es que me parece fundamental estudiar a fondo el siglo XX mexicano, pues el riesgo de ignorar o de pasar por alto tantos abusos e injusticias es grande, cuando una gran parte de nuestra población ha crecido beneficiada por los gobiernos emanados de Acción Nacional. La historia, escribió José Ortega y Gasset, filósofo español, nos enseña los errores del pasado para que no los repitamos en el futuro. Y mientras más lejos se encuentre el pasado, más fácil será olvidarlo. Mantengamos fresca nuestra memoria para decir estas cosas, para que la población esté informada del enorme riesgo de ilegalidad, impunidad y autoritarismo que late en el modo priísta de gobernar y de hacer política.

La lucha de Acción Nacional no se detuvo ni ante los fraudes constantes ni ante la amenaza a nuestros candidatos, ni mucho menos ante la desoladora realidad nacional. Al revés: éstos fueron alicientes para seguir trabajando por cambiar la situación, siempre mediante la vía pacífica, siempre por la ruta

de las instituciones que, aunque defectuosas, debían transformarse por la fuerza de los ciudadanos y no por la voluntad de unos cuantos. Nuestra apuesta fue la correcta y requirió de grandes dirigentes, que supieron responder con creces a las necesidades de su tiempo.

Uno de ellos fue Adolfo Christlieb Ibarrola, presidente de Acción Nacional entre 1965 y 1967, una época conflictiva, pero que, por un momento, pareció arrojar una esperanza, que sería cortada de tajo con la matanza del 68. Y esa esperanza nació porque el gobierno tendió puentes de diálogo, tras décadas de insistencia y de lucha panista en toda la república, que permitieron contar con diputados en el Congreso de la Unión, que lograron el reconocimiento de los primeros triunfos en las alcaldías de Hermosillo y de Mérida. En una correspondencia entre Christlieb y el entonces presidente Gustavo Díaz Ordaz, podían encontrarse puntos de coincidencia, objetivos cercanos y al menos una señal, aunque fuera mínima, de abrir un sistema hasta entonces cerrado, como suele decirse, a piedra y lodo.

Fue bajo la dirigencia de Christlieb que el PAN realizó, por su parte, la primera Proyección de Principios, la de 1965, para adecuar su ideario a los cambios de un mundo que era ya distinto al que vio nacer al partido, y que exigía un programa de acción política que estuviera a la altura de una sociedad, que, en esa década, cambió de paradigmas, bajo el entorno de la llamada Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Es aquí cuando destaca esa vocación de revisión, de reflexión y de pensamiento que se requiere para, como te mencioné ya en una carta anterior, generar una ideología, que, siendo fiel a la doctrina, responda a las necesidades particulares de su tiempo.

La apuesta del PAN fue compleja, pues las dirigencias anteriores habían carecido de relación alguna con el gobierno. La cerrazón anterior a los años sesenta, así como los abusos del gobierno contra las campañas presidenciales de Efraín González Luna y de Luis H. Álvarez sumieron al partido en una postura que reflejaba, incluso, una desazón lejana al optimismo que Manuel Gómez Morin inyectaba a la militancia y a los dirigentes. Christlieb rompió esa tendencia y, gracias a esa voluntad de diálogo y de acercamiento, pronto entendió lo necesario que era atravesar esos magros, pero ya señeros puentes, y aprovecharlos en beneficio de la propia ciudadanía y del avance democrático. El resultado fue positivo; por desgracia, las circunstancias sociales por las que atravesaba el país en 1968 hicieron que la administración priísta cortara de tajo con la oposición y que todo terminara en un baño de sangre, cuyo saldo fue la vida de miles de estudiantes que protestaban contra las condiciones políticas y la cerrazón del sistema.

Frente a estos hechos, el PRI, sus representantes y muchos otros que aún andan por ahí, quizá en otro partido, defendieron y justificaron esos lastimosos hechos que abrieron una herida en nuestra sociedad y mostraron la vulnerabilidad del sistema; se habló de teorías “conspirativas” que ponían en riesgo al país, de “paz social” y otros términos con los que se pretendió dar razón de ser a lo que jamás tendrá un motivo válido. Los diputados del PAN, en otro gesto de heroísmo, tomaron la palabra en la Cámara de Diputados y condenaron tanto los sucesos del 2 de octubre como otros anteriores: la ocupación militar de Ciudad Universitaria, la criminalización de los estudiantes, la falta de talento y vocación política del gobierno, incapaz de entablar un diálogo fructífero con sus detractores.

Rafael Preciado Hernández fue quien se encargó de subir en esa ocasión a la tribuna para expresar, por la vía institucional, la postura de Acción Nacional, y cabe señalar que el nuestro fue el único partido que, sin caer en la violencia ni en el discurso maniqueo de buenos y malos, tuvo el valor de condenar, una vez más, las acciones asesinas de Díaz Ordaz y su secretario de Gobernación, a la postre también presidente de México, Luis Echeverría.

Existe un libro titulado *El 68, Tlatelolco y el PAN*, en el que se reúnen los diversos artículos y crónicas publicados en *La Nación* acerca de estos hechos, así como los discursos pronunciados en el Congreso de la Unión por los diputados panistas. En sus páginas encontrarás un testimonio único de aquella época, cuando la libertad alzó la voz en el mundo e hizo temblar a más de un gobierno en Europa y en Latinoamérica, casi siempre con consecuencias violentas y con resultados nulos en el corto plazo, pero que abrirían, como nunca antes en el siglo XX, la puerta para la participación de la sociedad en las decisiones de las autoridades.

El PAN ha creído desde su fundación que los ciudadanos, organizados mediante los partidos políticos, son los que deben alcanzar, luchar y responsabilizarse por su propio destino; la sociedad es la que ha acompañado siempre al partido en sus grandes triunfos, y ha sido incluso la que los ha propiciado; pero no una ciudadanía presa, cautiva de prebendas o comprada, sino aquélla que ejerce su derecho a decidir en libertad, haciendo escuchar su voz y participando de su destino común con responsabilidad y altura de miras. Siempre será preferible lidiar con los problemas que presenta la libertad que suprimir por la fuerza el derecho y la obligación que tenemos todos de construir en conjunto nuestro destino.

Sobre la libertad, es importante entender que la militancia panista jamás ha sido corporativa ni obligada, sino que parte de la libre decisión de cada uno de sus miembros de pertenecer a la institución. No creemos ni en las afiliaciones masivas ni en la participación forzada; el trabajo político debe obedecer a una convicción personal que incluso, durante décadas, careció de sueldos o retribuciones económicas. Esta libertad es la que hace de quienes participamos en el PAN lo que se llama “huesos duros de roer”. Es decir, si tus argumentos no convencen por la razón, es muy complicado que lo hagan por otro medio, pero, en cuanto tus argumentos tengan la fortaleza para hacer a otros cambiar de opinión, contarás con su apoyo, fruto de la libre adhesión y no del sometimiento.

El PAN lo entendió así y se constituyó como partido con esa idea, incluida en sus estatutos y que es parte integral de su doctrina: el humanismo. La persona humana, el bien común, la solidaridad y la subsidiariedad serán conceptos con los que te topes a menudo y en los que hay que ahondar para entender en todo su significado de trascendencia; no simplemente repetirlos como letanía, sino ser capaces de explicarlos, de comunicarlos y de seguir refrendando que, tanto en el pasado como en el futuro, esa ha sido y seguirá siendo nuestra apuesta: la de los ciudadanos libres, la de los ciudadanos comprometidos, la de quienes asumimos la política como vocación de servicio para seguir haciendo un México mejor.

Sólo podrás convencer de todo esto a los demás si antes te convences tú. Nuestra sociedad está cada vez más informada, es más conciente y más crítica de las acciones de sus políticos, por lo que cualquier falsedad o incongruencia tarde o temprano terminará por salir a la luz. Vive con pasión esos principios y esa doctrina. Sé un convencido y aguerrido defensor de nuestro

ideario tanto afuera como adentro del partido. Esfuérsate por conocer nuestra historia como nación para que jamás te sorprenda la desmemoria y para que seas capaz de comprender con claridad cómo el pasado no nos condena, cómo el presente es una oportunidad infinita y cómo el futuro es lo que sembramos para que otros lleguen después y encuentren un suelo fértil para recolectar y volver a arar.

Hasta la próxima.

CARTA VI

Estimado amigo:
Esta ocasión quiero comenzar con un tema que me parece clave para Acción Nacional, y que es su vocación municipalista. El municipio fue definido por los fundadores del partido como el espacio natural del hombre para desarrollar su vida en sociedad, lo cual podríamos traducir como aquel lugar donde las personas se desenvuelven en la vida diaria y que, por ende, afecta de manera directa su crecimiento como seres humanos y como comunidad.

Esta definición marcó la acción política del panismo desde muy temprana hora, pues se tradujo en la fundación de comités estatales que, a su vez, se sustentaron en comités municipales que tenían un contacto directo con los problemas y las necesidades de la ciudadanía, que escuchaban de primera mano y conocían de manera inmediata aquello que hacía falta, ese “dolor evitable” que se busca paliar y solucionar de la manera más adecuada.

Abro un paréntesis breve para hablarte del “dolor evitable”, que es aquel que los seres humanos nos causamos los unos a los otros. Es decir, hay males, por ejemplo, causados por la naturaleza, como huracanes, sequías, temblores y otros,

ante los cuales sólo podemos reaccionar, o cuando mucho estar preparados, pero que, cuando ocurren, son ineludibles; por otra parte, hay un dolor, que es el de la mala administración, el de la corrupción, el de la inseguridad, que podemos combatir de manera directa y que se debe a la acción irresponsable de los hombres. Estas situaciones son las que se propuso y aún hoy se propone eliminar el PAN de la vida pública, pues son las que generan injusticias y desigualdad.

Pues bien, con la decisión de combatir este dolor evitable en la vida cotidiana de las y los mexicanos, desde el ámbito municipal, fue que el PAN obtuvo sus primeros triunfos. Las condiciones de competencia electoral de buena parte del siglo XX no alcanzaban para soñar siquiera con ganar la Presidencia de la República, mucho menos una gubernatura, por lo que el objetivo de aquellos años se centró en dar a conocer el ideario panista por medio de candidatos a diputaciones locales y a alcaldías, así como por el trabajo de los comités que se fundaban a lo largo y ancho del país.

Fue así que, en los años cuarenta, obtuvimos nuestras primeras diputaciones en un municipio de Michoacán llamado Quiroga. A esto siguió lo que, quizá, será exagerado llamar una ola de victorias, pero sí, más adecuado, una marea de triunfos dispersos, que demostraba que el camino era el adecuado, que las conciencias de nuestra nación iban despertando poco a poco, recibiendo y aceptando el ideario del PAN, e inclusive eligiéndolo en las urnas, a pesar de que el partido oficial no reconocía esas victorias, negaba con fraudes y todo género de tropelías la voluntad de la gente para elegir a sus gobernantes y utilizaba el poder del Estado para favorecer y engrosar a la fuerza sus filas.

Alonso Lujambio ha profundizado en el estudio de esta estrategia municipalista que dio grandes frutos al partido en

el libro *Democratización vía federalismo*. Su lectura te ilustrará acerca del enorme esfuerzo, de los sacrificios, de las frustraciones que debieron padecer varias generaciones de militantes para hacer valer su voto y su voz. Creo que ya te comenté que, en los años sesenta, obtuvimos nuestras primeras alcaldías en Hermosillo, Sonora, y en Mérida, Yucatán. Estos triunfos fueron posibles, precisamente, por esa tenacidad que no flaqueó ni ante la adversidad ni ante las condiciones injustas de competencia electoral.

Por fortuna, no todos pensaban igual (y en este caso es irónico decir por fortuna, pero en eso consiste la democracia: en la suma de las diferencias en los puntos de convergencia). Para los años setenta, los golpes asestados a la voluntad democratizadora del PAN habían mermado el ánimo de quienes jamás habían conocido la victoria, enfrentándolos contra quienes, por haberla ya vivido, aunque fuera de manera magra, estaban concientes de que el camino, aunque lento, era el adecuado.

Estas diferencias llegaron hasta la convención de 1976, cuando se discutió sobre si se participaba en las elecciones a la Presidencia de la República, o si el partido debía abstenerse de presentar candidato y, con ello, deslegitimizar (o eso se intentaba) un proceso electoral que de antemano se sabía amañado. Fueron tres días de discursos a favor y en contra de una y otra postura, que, a la postre, terminaron en una ruptura que hirió de gravedad al partido. Sin embargo, el talento de la gran personalidad que fue Efraín González Morfín, como presidente nacional, logró limar asperezas entre quienes decidieron permanecer en el partido y acatar la voluntad de la mayoría; a mi entender, la lección principal de este episodio es, una vez más, lo complejo que es vivir la democracia, digamos, hasta sus últimas consecuencias; es decir, siendo un buen ganador

(incluyente, respetuoso, honorable), pero también un buen perdedor que, una vez derrotado, en vez de jalar el mantel y tirar todos los platos, busca el modo de sumar su talento a lo que de manera democrática y bajo las reglas acatadas por todos se decide entre todos.

Ésta, me parece haberte escrito ya, es la fuerza de la democracia, la que nos ha hecho un partido unido que no somete la opinión de nadie, porque sabe escuchar todas las voces y erigirse como una sola voz, articulada por acuerdo común. Esa voz es la que grita en las campañas, la que suena en los mítines, la que sale a pedir el voto a la ciudadanía, porque antes ya supo organizarse para hacerlo como una sola fuerza. Llegará pronto el momento en que te toque sumar tus ideas y tus palabras a esa intensidad que el PAN transmite en campaña. Ya sea en algún proceso de selección interna, o, después, de cara al electorado, tendrás ocasión de pedir el voto por la o el candidato que represente las ideas y las propuestas del partido.

Vive plenamente cada campaña. Déjate contagiar del ímpetu y la alegría que distinguen al panismo cuando sale a la calle a convencer a la gente. Asume todas las tareas que te asignen, desde repartir volantes en las esquinas o tocar puertas para hablar con las familias hasta pronunciar discursos en los estrados o participar en las decisiones que se tomen para impulsar a nuestros candidatos. Prepárate bien para ser un digno representante del partido, pues sólo podrás convencer a otros si antes estás plenamente convencido, conoces a fondo lo que nos hace diferentes y mejores, y eres capaz de transmitirlo.

El PAN no acude a la cita electoral de manera improvisada sino que, más bien, debe prepararse para estar a la altura de lo que se juega, y que es la responsabilidad de poder servir a México. Donde somos oposición, debemos ser críticos con el

gobierno en turno, pero siempre propositivos; saber señalar el error ajeno, pero siempre con una alternativa viable, congruente y efectiva para ofrecer. Donde somos gobierno, las campañas son ocasión para refrendar nuestro trabajo y demostrar que, votar de nuevo por el partido, es sinónimo de continuidad de una forma buena y atinada de ejercer el poder y el servicio público.

Un mal gobierno que quiere solucionar todos sus años de omisiones en los meses campaña suena falso, sin crédito y mentiroso. Un partido que no ha sabido ser oposición responsable cuando le toca es muy probable que resulte deshonesto, excluyente e intolerante si es favorecido en las urnas. Las campañas refrendan el trabajo hecho de uno y otro lado del poder, son ocasión para ponernos a prueba y, a su vez, sacan a la luz el panismo más apasionado, más vibrante, entregado y comprometido.

Durante las campañas verás espectaculares con fotos y eslóganes de nuestros candidatos, anuncios de radio y televisión y, en suma, una serie de herramientas que buscan dar a conocer y obtener el voto. Todo esto es necesario, pero nunca olvides que la mejor estrategia de una campaña es ver a la gente a los ojos, hablarle de nuestra historia, de nuestras ideas, de nuestras propuestas y de lo que hemos hecho por todos los mexicanos. La congruencia, la efectividad, la honestidad y la organización son, antes como ahora, las mejores armas que tenemos a la hora de pedir el voto. Practica y vive cada una de estas virtudes para que, a la hora de hacer proselitismo electoral, no te sorprendas pidiendo aquello que no pudiste dar, prometiendo aquello que no se puede cumplir o inclusive mintiendo para resarcir lo no hecho cuando se tuvo la oportunidad.

Líneas arriba te hablé muy de paso del término “oposición responsable”, y creo que debería detenerme un poco más en este tema. Para no abrumarte ni resultar tedioso, será el tema con el que inicie la próxima carta. Por ahora, me despido, recordándote que el corazón panista late más fuerte que en ninguna otra parte en la pasión de los jóvenes: contagia esa pasión, vívela, haz circular, como dijera Castillo Peraza, esa sangre hasta el último rincón de nuestro partido.

Hasta la próxima.

CARTA VII

Estimado amigo:

Es muy probable que mucho de lo que hemos comentado en esta correspondencia respecto del partido sea desconocido, como bien comentas en tu carta más reciente, incluso por algunos de nuestros candidatos y representantes. Este caso suele repetirse en todo el país y, a mi entender, es fruto de que el PAN ha sido siempre un partido abierto a la ciudadanía, en el cual puede participar toda persona interesada en influir en la vida política nacional, siempre y cuando cumpla con los reglamentos y los estatutos.

En la actualidad, enfrentamos ese dilema como agrupación, pues sin duda hay una gran cantidad de mexicanos que comulgan con nuestros principios, incluso sin conocerlos, y que además cuentan con un liderazgo social que los hace tener presencia en su comunidad. No podemos prescindir de ellos, pues el PAN ha sido un instrumento de, por y para los ciudadanos. Sin embargo, tampoco podemos permitir que aquellos que desean aportar con su talento y su amor por México ignoren la historia de Acción Nacional, su doctrina y sus principios.

Y es un dilema, porque, en ocasiones, nos encontramos con grandes conocedores de nuestros ideales partidistas, pero que

no tienen ni aceptación ni son conocidos en su comunidad, o con mujeres y hombres que, desde la sociedad civil, el empresariado o su propia actividad han construido una perfil público que la gente reconoce y aprueba.

¿Qué hacer ante esta circunstancia? ¿A quién darle preferencia? En los casos en que la decisión compete a un cuerpo colegiado, será la voluntad de la mayoría la que resuelva esta situación; si, por otra parte, se decide designar, serán las autoridades elegidas por el partido las que asuman la responsabilidad de evaluar los perfiles y decidir.

En todo caso, el partido está obligado a presentar a la ciudadanía al que considere su mejor representante, y, como militancia, estaremos obligados a respaldar esa decisión, pues, como ya te he escrito en ocasiones anteriores, la fuerza que genera la unidad es decisiva al momento de las campañas. Las objeciones que puedan surgir deberán resolverse por las vías institucionales, y, perdón que insista en ello, pero antes que cualquier ambición personal o grupal debe estar el bien superior del PAN en conjunto. Los errores o aciertos que surjan a la postre servirán para evaluar, para argumentar y para mejorar nuestro desempeño de cara al futuro.

Esta situación que comentamos no es nueva, y tuvo una solución óptima a finales de los años ochenta del siglo XX, cuando la vocación ciudadana del PAN abrió con generosidad las puertas a un hombre que, sin haber nacido en “cuna azul” ni contar con una amplia trayectoria política, supo inyectar al panismo de todo el país el ánimo y la pasión de su personalidad arrolladora: me refiero a Manuel Clouthier, “El Maquío”, nuestro candidato a la elección presidencial de 1988.

Maquío era empresario antes de participar en política, pero su voluntad de contribuir para mejorar las condiciones

de vida de nuestro país desde la política lo llevó a ingresar a la filas panistas. Fue recibido por Luis H. Álvarez, entonces presidente del PAN, quien, desde los años cincuenta, también había dejado sus actividades personales como empresario para dedicarse a servir a México. Yo creo que el PAN no sería lo que es hoy si hubiera cerrado sus puertas a estos dos personajes, decisivos para nuestra historia, que lograron mover las almas de los ciudadanos como pocos lo habían hecho hasta aquella época.

El país atravesaba en esos años otra etapa dolorosa, de heridas abiertas y de un descrédito del sistema cada vez más creciente. Tras las crisis económicas de mediados de los setenta y principios de los ochenta, el temblor que azotó la ciudad de México en 1985 había mostrado a todo el mundo la corrupción, el engaño y el mal uso de recursos públicos que hasta el día de hoy distinguen al PRI. La campaña por la Presidencia de la República fue una ocasión para salir a la calle, tocar puertas, despertar las conciencias y difundir el mensaje de que el cambio era posible mediante el voto, mediante la participación; hacía falta vencer la apatía, y la voz del Maquío hizo que miles de personas tomaran en sus manos su destino y se sumaran al trabajo de Acción Nacional.

Fueron meses históricos que marcaron, como nunca, el futuro del PAN, logrando una simpatía y una adhesión popular que abonaba, como no se hacía en años, la semilla democratizadora, sembrada casi cinco décadas antes por Manuel Gómez Morin y la primera generación de panistas.

Fruto de las disidencias priístas de aquellos a los que se les negó un puesto público —“hueso”, en el argot político—, junto con viejos y nuevos luchadores sociales y políticos de la izquierda, nació en esos años el Frente Democrático Nacional,

que postuló al ya para entonces ex priísta Cuauhtémoc Cárdenas. De sus filas saldría más tarde el Partido de la Revolución Democrática, llamada desde entonces la izquierda mexicana pero que, según lo han demostrado muchos de quienes estuvieron en su fundación, pronto se pervirtió y cedió a la ambición particular o de grupos; entre quienes han denunciado el trágico devenir del perredismo están José Woldenberg, en su libro *El desencanto*, y Gilberto Rincón Gallardo, en la obra *El pasado definitivo y el futuro posible*, editada poco después de su fallecimiento, en 2008.

Quizá te preguntarás acerca del motivo de sugerir estos libros. Para ilustrar la razón, te comparto una anécdota personal. En 1997 ayudé a mi padre a instalar la biblioteca que había reunido en casi treinta años de vida; al desempacar los libros de sus cajas, me topé con muchos, casi una centena, sobre temas que tenían que ver con el marxismo, el leninismo, el comunismo y otros asuntos y autores del socialismo. Al preguntarle por qué tenía esos títulos, si su lucha era más bien del otro lado del espectro político, me contestó: “porque para vencerlos era necesario conocerlos primero, incluso mejor de lo que ellos mismos se conocían; y, al final, vencimos”.

Nadie supo, y quizá nunca se tenga la certeza de cuál fue el resultado del proceso electoral de 1988; el día de la votación, por algún motivo aún desconocido, falló el sistema de cómputo de votos que se llevaba a cabo en la Secretaría de Gobernación, y unos días después fue declarado titular del Ejecutivo Carlos Salinas de Gortari. Los días anteriores y posteriores a ese suceso, Acción Nacional salió a las calles a denunciar las tropelías típicas de los comicios: urnas “embarradas” —es decir, rellenas antes de que las casillas se instalaran—; compra de votos a cambio, incluso, de tortas o cerveza;

robo de ánforas por parte de la fuerza pública, acarreo de votantes, entre otras tantas.

Al final, por desgracia, fue imposible negar que, a pesar de todo lo anterior, la victoria era para el PRI, pero el PAN supo aprovechar las circunstancias de ese momento histórico para exigir al gobierno mejores circunstancias en la competencia electoral, comenzando por el reconocimiento de sus triunfos. Este hecho cambió para siempre la historia de la política mexicana, pues los caminos que se abrían eran dos: el del PRD, que jamás colaboró con el priísmo y más bien se dedicó, entonces como hasta hoy, a bloquear buena parte del esfuerzo democratizador que nació en esas elecciones, y el del PAN, que con gran talento supo catalizar las circunstancias políticas para promover grandes avances en el proceso democratizador de México.

Un primer logro fue el reconocimiento del triunfo del candidato panista a la gubernatura de Baja California, Ernesto Ruffo, en 1989, primer estado en que ganaba otro partido por la vía electoral. La prudencia, la reflexión, la paciencia y el hecho de que no se dejó llevar por la escaramuza poselectoral que proponía el PRD, dieron al PAN la posibilidad de gobernar un estado del norte del país. Pocos años después, en 1992, luego de una heroica campaña en la que los panistas demostraron el poder de la resistencia civil, que enfrentó, con valor, determinación y coraje, incluso al ejército, Francisco Barrio ganó la gubernatura de Chihuahua.

Eran, sin duda, tiempos muy lejanos a los que hoy nos toca vivir. Los partidos no contaban con financiamiento público y obtenían sus recursos de donativos, rifas y otras estrategias diseñadas para hacerse del dinero que se requería para realizar una campaña; cada victoria había que defenderla, incluso poniendo en riesgo la vida, y cada derrota golpeaba el ánimo de

una ciudadanía que se sabía traicionada y robada por sus propios gobernantes; no había recursos para pagar a casi nadie y, no obstante, el voluntariado que era capaz de convocar el panismo, con sus candidatos y sus ideales, superaba con creces la expectativas del propio partido; no se retribuía a representantes de casilla y, sin embargo, ahí estaban miles de mujeres y hombres dispuestos a defender el voto.

Hay mucho que aprender de las decisiones tomadas en esa época y las consecuencias que trajeron, casi siempre positivas y que fueron clave para la transición a la democracia. No sólo por los triunfos en las gubernaturas, sino también por las alcaldías y las diputaciones que se fueron obteniendo con sacrificio, con gran esfuerzo y con una conciencia cívica que el PAN logró despertar entre las y los mexicanos. Las historias de los protagonistas, cuando tengas ocasión de leerlas o escucharlas, seguramente te enchinarán la piel, y, quizá, habría que preguntar cuántos de los que están ahora tendrían la disposición para entregarse a una causa como lo hicieron los panistas de ese tiempo.

Llegaba la última década del siglo XX y, con ella, un giro inusitado en las actividades del PAN a nivel estatal y nacional, pero de eso te contaré a detalle en la siguiente carta.

Hasta la próxima.

CARTA VIII

Estimado amigo:

Para el inicio de los años noventa, y tras la gesta democratizadora que emprendió el PAN a lo largo y ancho del país, la mentalidad política de los mexicanos había cambiado. Una primera muestra de ello fue que poco a poco desaparecía la idea de que votar no servía para nada, frase muy común en alguna época, pues, se decía, siempre ganaban los mismos.

La ciudadanía comenzó a caer en la cuenta de que la suma de voces, la participación en partidos, la resistencia civil, la denuncia pública de atropellos y fraudes, y toda una suma de acciones que distinguía a una sociedad cada vez más participativa, eran el camino para que cambiaran las condiciones políticas y el gobierno respetara la voluntad popular.

Tomó varias décadas generar este cambio en la conciencia de la gente. El camino fue complejo y muchas veces sembrado de atropellos, fruto del autoritarismo, que se negaba a ceder, pero que tuvo que hacerlo, pues, a la postre, se volvió insostenible esa actitud de cerrazón ante la que cada vez más ciudadanos —ya no simplemente habitantes— se oponían con valor y determinación.

La llamada “brega de eternidad”, que, en la primera hora, alentó la lucha de Acción Nacional, comenzaba a tocar sus primeros puertos, heredera de la tenacidad de miles de mujeres y hombres que, desde 1939, asumieron como propia la tarea de tomar en sus manos su destino y promover que cada mexicana y cada mexicano hiciera lo mismo.

Carlos Castillo Peraza llamó a este suceso “la victoria cultural” del panismo, y espero disculpes de antemano que esta carta se extienda quizá en demasía, pero los años que a continuación te relataré me tocó vivirlos de cerca, en carne propia muchas veces, y otras a una distancia que no dejaba de ser corta por la relación filial que me une con quien más tarde sería llamado “ideólogo” de la transición política mexicana. Trataré, no obstante, de ser lo más breve posible. Si de todos modos quieres abundar en su vida, puedes hacerlo mediante distintos libros que se han editado, ya sea con su biografía (*A traluz*, de Federico Ling) o con sus escritos (la antología *El porvenir posible* es la más completa que se ha realizado de su obra).

En 1993, Castillo Peraza ganó la votación del Consejo Nacional para ser presidente del CEN del PAN, cargo en el que sucedió a Luis H. Álvarez, quien ya había tendido los primeros puentes de diálogo con el gobierno federal, logrando, como consecuencia, el reconocimiento de las gubernaturas de Baja California a Ernesto Ruffo, y de Chihuahua a Francisco Barrio.

Esa voluntad de sentarse a la mesa y generar espacios de interlocución prosiguió durante su presidencia, una de las más activas y exitosas en el tema electoral pero que, al mismo tiempo, acompañó de una profunda vocación de formar a los panistas no sólo en los temas doctrinales, sino, además, preparando cuadros para ejercer el gobierno y tener así mujeres y

hombres capacitados para llevar los preceptos del humanismo a la acción de gobierno.

Esta situación la previó desde tiempo atrás, cuando, por encargo del entonces jefe nacional, Abel Vicencio Tovar, fundó el Centro de Capacitación Política, que buscó, mediante cursos y diversas publicaciones, dar instrumentos y herramientas a la militancia para enfrentar la labor de ser oposición responsable y preparada, y, cuando los votos favorecieran, administración efectiva. Fue así que nació, en 1987, la revista *Palabra*, publicación doctrinal que, además, por primera vez, abrió un espacio para que, desde sus páginas, diversos personajes ajenos e inclusive opositores al panismo hablaran del trabajo del partido de una manera seria, objetiva y constructiva.

Un vez asumida la presidencia, esta decisión de profesionalizar la labor política llevó a la creación de la Fundación Miguel Estrada Iturbide, para asesorar a los diputados emanados del PAN, y la Fundación Rafael Preciado Hernández, que apoyaría con especialistas la labor de redacción de plataformas y otros documentos que guían las actividades partidistas.

Fue de este modo que Castillo Peraza se dedicó a construir adentro del PAN las instituciones para que la escuela de ciudadanos —que desde su fundación se propuso ser el panismo— tuviera los medios para cumplir plenamente su labor. Ambas fundaciones, junto con otras más creadas después, se mantienen activas hasta el día de hoy como apoyo doctrinal, técnico e ideológico de sus respectivos ámbitos de competencia.

Lo anterior, en lo que respecta al trabajo formativo. Por lo que toca a la labor de organización, uno de los grandes distintivos de la presidencia de Castillo Peraza fue su apoyo decisivo al fortalecimiento de los comités locales, municipales y estatales, muchos de los cuales visitó, ya fuera en tiempos

electorales, ya para impartir charlas, cursos, dirimir conflictos, refrendar apoyos y consolidar amistades nuevas y viejas. Me ha tocado asistir a distintos comités y comprobar el cariño con el que se le recuerda. En algunos pueden verse colgadas en las paredes fotos de su paso por ahí; se cuentan anécdotas, se relatan historias, se traen a la charla frases, detalles, muestras de cariño y un sinfín de experiencias que la militancia evoca siempre con reconocimiento y gratitud.

En lo personal, esto no sólo me enorgullece, sino que, además, me va enseñando la magnitud de su generosidad, del tiempo empeñado para proseguir con esa estrategia de tener una estructura municipal fuerte que permitiera seguir conquistando gobiernos estatales y, años después, la Presidencia de la República.

Fue durante su paso por la dirigencia de Acción Nacional, fruto de ese esfuerzo por recorrer el país y de la respuesta positiva de miles de mujeres y hombres en todo México, que el PAN obtuvo la gubernatura de Jalisco, con Alberto Cárdenas, y de Guanajuato, con Carlos Medina, tras la anulación de los comicios en este último estado, por el cochinerito electoral que realizó el PRI; además de numerosas alcaldías en toda la república, diputaciones federales, locales y senadurías, como nunca antes se había logrado. Al concluir su periodo como presidente, uno de cada tres mexicanos era gobernado por el PAN.

Asimismo, le tocó acompañar a Diego Fernández de Cevallos en la candidatura por la Presidencia de la República, elección en la que una vez más la ilegalidad, la corrupción y el fraude llevaron al candidato priísta, Ernesto Zedillo, al poder. Durante esa campaña, por cierto, se realizó el primer debate televisado entre los contendientes del PRI, PAN y PRD, en el

cual “El Jefe” Diego demostró una capacidad muy superior a sus contrincantes, que se vieron indefensos ante el poder de sus palabras, su crítica, y sus argumentos, así como ante las propuestas de un partido que acudió a esa elección con una plataforma sólida, realista y encaminada a proponer soluciones a una variedad de situaciones y conflictos que, tras décadas de irresponsabilidad en la administración pública, tenían al país muy cerca del estallido social que, meses después, tendría lugar en la selva chiapaneca.

A nivel nacional, fueron tiempos muy complicados, que exigieron determinación y coraje por parte del PAN: la violencia política y social llegó a niveles insospechados con el asesinato del cardenal de Guadalajara, Juan Jesús Posadas Ocampo, el del presidente del PRI, José Francisco Ruiz Massieu y el del candidato priísta Luis Donaldo Colosio; el 1 de enero de 1994 apareció el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas y a finales de diciembre de ese año una devaluación del peso, acompañada de otra crisis económica, provocó que miles de mexicanos perdieran una vez más su patrimonio y sus ahorros, sacando a la luz la realidad escondida tras una máscara de aparente bienestar que supo disfrazar el gobierno de Carlos Salinas de Gortari.

Estos sucesos mostraban un panorama desolador, pero dentro de todo esto, había un frente en el que el PAN se mantenía firme y en constante crecimiento, que era la Cámara de Diputados. La legislatura que fue electa en 1991 dio un paso histórico en el proceso democratizador del país al fundar el Instituto Federal Electoral: por primera vez se establecían las reglas para contar con un organismo ciudadano, totalmente independiente del gobierno, encargado de organizar las elecciones, de contar los votos, con un Tribunal especializado,

parte del Poder Judicial —el TRIFE— que dirimiría las querellas y se encargaría de hacer valer las leyes electorales.

Este triunfo fue posible gracias a los puentes de diálogo tendidos durante varios años en que el PAN se distinguió por ser una oposición responsable; esto es, con disposición para apoyar aquellas propuestas, aunque proviniesen de otros partidos o del gobierno, que contribuían a fortalecer las instituciones del país para avanzar hacia la transición democrática. Este talento y esta voluntad de construir contrasta con la actitud de quienes actualmente se dedican, desde el Congreso, a bloquear toda iniciativa que no surja de sus propias filas, poniendo escollos para los siguientes avances que requiere nuestra democracia para consolidarse.

La labor de la LIV Legislatura está reseñada en el libro *Voto en libertad*, de Antonio Lozano Gracia, quien fuera después el primer Procurador General de la República panista y que, junto a otros diputados de esa época, cambiaron la historia de nuestro país y sentaron las bases para un futuro en el que las elecciones fueran respetadas, el voto valiera y México comenzara a transitar hacia gobiernos emanados de la voluntad de la gente.

Así como en el tema político Carlos Castillo Peraza rescata la herencia de diálogo de Adolfo Christlieb, de quien ya te hablé antes, en el tema doctrinal retoma los principios enunciados en los años setenta por Efraín González Morfín, en los que el tema social es preeminente y que, al mismo tiempo, representa una deuda de varias décadas de gobiernos irresponsables, que, para los años noventa, tenían a cuarenta millones de mexicanos en la pobreza. “Pienso en aquellos que no pueden pensar en votar porque antes tienen que pensar en comer”, pronunció alguna vez, buscando recuperar esa

vocación política de ayudar a solucionar el dolor evitable de las personas.

Esa desigualdad que hiere e indigna y que sigue estando presente entre los mexicanos, así como las administraciones que la generaron por su manejo irresponsable de la economía, fueron criticadas por Castillo Peraza desde su pluma, afilada y precisa, que escribía artículos en periódicos y revistas nacionales y extranjeros. Quizá ha sido el panista que más ha escrito, pues, su vocación periodística –oficio del que siempre vivió–, lo llevó a ser referente, no sólo de la doctrina panista, sino de la crítica a los propios medios de información, muchos de los cuales señaló por su inmadurez frente al papel que se supone debieron asumir en el proceso democratizador del país: desde las añejas protestas contra los noticieros televisivos en los años ochenta, que repetían ciegamente el discurso oficial, hasta la prensa impresa que se dejaba comprar por el gobierno y omitía los avances políticos logrados por el PAN, para centrarse en señalamientos absurdos, denigrantes y falsos sobre la labor del partido.

Carlos Castillo Peraza dejó la presidencia del PAN en 1995, sin hacer uso de su derecho a reelegirse por otro periodo de tres años, pero dejando tras de sí un panismo entusiasmado, convencido de que apostar por nosotros mismos era el camino correcto; un partido orgulloso de sus principios y de su historia, responsable frente a la confianza que cada vez más ciudadanos depositaban en sus representantes.

Como podrás notar, fue un personaje que asumió con plena responsabilidad y altura de objetivos su paso por la vida pública. Su amor por México se tradujo en los muchos frentes en los que se destacó como panista: líder partidista, crítico del sistema, capacitador de la militancia, periodista e,

inclusive, a decir de algunos, intelectual. Con frecuencia lo llaman “el último ideólogo del panismo”, pero a mí me parece que este término le ofendería y disgustaría mucho, pues falleció hace más de una década, y si fuera el último, significaría que en diez años no hemos generado otro referente doctrinal e ideológico.

Más adelante te comentaré acerca de este labor de formación que ha quedado pendiente, postergada e inclusive relegada de la actividad partidista. Por ahora me despido, recordándote que estas cartas son sólo un esbozo, un pequeño repaso por la historia, los valores y las actividades del PAN. Te tocará a ti —y ojalá te interese hacerlo— profundizar, perfeccionar y vivir a plenitud “el orgullo de ser panista”.

Hasta pronto.

CARTA IX

Estimado amigo:

Con las reglas electorales claras y las instituciones funcionando a plenitud, las condiciones para la alternancia política comenzaron a rendir frutos casi de inmediato. El hartazgo social era cada vez más notorio y, en 1997, por primera vez en la historia de México, se reflejó en los comicios. Ese año el PRI perdió la mayoría en el Congreso federal; fue asimismo la primera ocasión en que la ciudad de México tuvo un proceso para decidir quién sería el nuevo Jefe de Gobierno.

Antes de esa fecha, la regencia del Distrito Federal, como se llamaba entonces, era decidida por el Presidente de la República, quien tenía en sus manos el poder de designar al titular del gobierno de la capital de la república, en un acto que reflejaba el autoritarismo y la falta de democracia que era capaz de alcanzar un régimen que tardó varias décadas en permitir que la ciudadanía tuviera en sus manos la libertad de elegir a sus gobernantes.

La elección de ese año se celebró en un fuerte ambiente de competencia. Las campañas y la certeza de que los resultados serían respetados inyectaron un vigor nuevo a los partidos de oposición, que, en conjunto, lograron la mayoría en la Cámara

de Diputados. Resulta irónico que, de igual modo, a partir de esa fecha, la aprobación de leyes a nivel federal se complicara al punto de llegar al llamado estancamiento legislativo; esto es que, como ningún partido tiene la mayoría, y ninguno a su vez está dispuesto a ceder ante las propuestas del otro, las iniciativas se detienen, se “congelan” y quedan pendientes de aprobación o postergadas durante un tiempo indefinido.

Como podrás darte cuenta, la democracia exige una capacidad de negociación que no se construye de la noche a la mañana, y que, a su vez, requiere de varios atributos por parte de nuestros representantes. A mi parecer, entre estas cualidades políticas se encuentran la generosidad, que permite evitar la postura del “todo o nada” y saber reconocer en las aportaciones de los otros aquello que es mejor para el país; la prudencia, que evita hacer de la política un campo de batalla y la convierte en espacio de diálogo y, sobre todo, de acuerdos; la visión de mediano y largo plazo, para no detenerse en la escaramuza electoral o el conflicto del momento y poder contemplar más allá de lo inmediato, de la ambición personal y la de grupo. Así, prudencia, generosidad y visión son características de los verdaderos demócratas, que no apuestan al todo por el todo, porque esa postura tiende a terminar en la nada por la nada —recuerda que los extremos se tocan y que el punto medio, el espacio del acuerdo, es donde, según la lógica aristotélica, se encuentra la virtud—. Resulta muy peligrosa la decepción que puede producir este estancamiento legislativo entre la sociedad, pues la ciudadanía percibe entonces que sus representantes no están a la altura de las circunstancias y esto lleva incluso a añorar la época cuando el autoritarismo permitía avances que, no obstante, son fruto de la injusticia, la inequidad y la falta de democracia.

Si bien el sistema democrático es más complejo e incluso demora un poco más en ofrecer sus resultados —recuerda los postulados de Christlieb que mencionaba en anteriores cartas—, es preferible contar con el apoyo de la mayoría electa en las urnas que suprimir la libertad en aras de un avance que representará, a fin de cuentas, un retroceso.

Creo que me he desviado un poco del tema original y de la línea histórica que quería resaltar en esta carta; no obstante, espero que consideres estas reflexiones que te comparto, para que, llegado el momento, puedas valorar en su justa medida el trabajo de tus representantes, tanto de los que tú elijas como de aquellos que resulten ganadores en cada elección.

Hablaba pues de las elecciones de 1997 en el Distrito Federal, cuando el PAN acudió con un candidato que, tras ser electo en convención, resultó ser Carlos Castillo Peraza, quien venía de dirigir al partido con resultados electorales nunca antes alcanzados. La campaña despertó el ánimo de un panismo, el capitalino, que nunca había participado en una elección. Fueron semanas intensas en las que se recorrió la ciudad con propuestas que no temieron denunciar la corrupción, las injusticias y los grandes rezagos que padecían los habitantes del Distrito Federal.

En contraparte, los otros dos contendientes, Cuauhtémoc Cárdenas, del PRD, y Alfredo del Mazo, del PRI, dedicaron su tiempo a tratar de captar las redes corporativas que el propio PRI alimentó y mantuvo durante décadas de control político. Luego de ir arriba en las encuestas durante varias semanas, Castillo Peraza se enfrentó a un dilema insólito, que era el de elegir entre sus convicciones políticas —las del PAN— o adoptar posturas populares que, aunque le garantizaban votos, lo llevarían a traicionar ideales no sólo propios, sino también del

partido, en temas como el uso del condón, el aborto y otros que, sin ser parte de la agenda política, fueron puestos en relieve por los medios de información.

Esta situación llevó a que, incluso, los gustos musicales o la religión del candidato panista fueran cuestionados y señalados como defectos, cuando no tenían nada que ver con su desempeño como servidor público. De tal suerte que los valores que acompañaban su credo personal (valores positivos, justos y de bien) resultaron ser, a ojos de los críticos, defectos probables al momento de gobernar. A esta cuestión se sumó la mala relación con los medios de información, que provenía de su último año como presidente de Acción Nacional, pero que se desencadenó en 1995, cuando, tras ser electo Felipe Calderón como candidato a la gubernatura de Michoacán, una reportera le preguntó si esa decisión había sido por “dedazo”. Era obvio que no, pues justo se salía de una elección democrática, por lo que el líder panista, literalmente, respondió “ésas son chingaderas”.

A partir de ese momento, Castillo Peraza asumió una postura crítica hacia la prensa, la radio y la televisión: señalaba sus errores, respondía a preguntas vacuas ridiculizando a quien las profería, se negaba a dar declaraciones, pues, señalaba, “para qué respondo si van a publicar lo que quieran”. Esta actitud obedecía a que, tras haber comprobado el papel que los medios tenían en democracias maduras como la de Francia, la de España o la de Estados Unidos, y constatar la irresponsabilidad de los locales en ese sentido, su indignación era mayúscula y no dudó jamás en decir lo que pensaba, aun a costa de tener que pagar tarde o temprano esa factura.

El saldo llegó cuando, en la campaña por la jefatura de Gobierno del Distrito Federal, los medios se dedicaron, salvo

contadas excepciones, a desprestigiar a Castillo Peraza, incluso ocultando los grandes aciertos de sus actividades como candidato (una de ellas fue el atrevimiento –en ese momento, una auténtica osadía– de realizar un evento en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde denunció a la izquierda como una escisión del PRI que seguía sus mismas prácticas autoritarias y antidemocráticas), o callando cuando se organizó un debate del que el candidato de Acción Nacional fue excluido por sus oponentes por miedo a la capacidad retórica y argumentativa del abanderado panista.

Esta suma de injusticias, que podían realizarse porque la ley electoral aún distaba mucho de garantizar una auténtica equidad entre candidatos, llevó a que el PAN tuviera el tercer lugar en las preferencias electorales en la ciudad de México. Sin embargo, que el PRI perdiera la mayoría en el Congreso federal fue, en ese momento, una auténtica hazaña, fruto de décadas de esfuerzo y sacrificio de Acción Nacional. Faltaba aún mucho tiempo para que los habitantes del Distrito Federal entendieran plenamente, cosa que a mi parecer no ocurre aún, su papel en un sistema democrático, pues esas redes clientelares y corporativas que mencioné párrafos arriba siguen siendo las que determinan el ganador en los procesos electorales. Así fue en el año 2000, en 2006, en 2012, y muy probablemente siga siendo así en el futuro cercano.

No obstante, esos primeros pasos de la alternancia política fueron decisivos para que, tres años después, Vicente Fox ganara la Presidencia de la República, convirtiéndose en el primer titular del Ejecutivo federal emanado de las filas del PAN. Ése será el tema de nuestra próxima carta. Por ahora, te recomiendo que valores la historia que hasta este momento te he relatado como un largo camino de esfuerzo y entrega por

parte del PAN, de tal forma que lo que hoy resulta habitual y parte de la normalidad democrática, tardó mucho tiempo en construirse y fue labor casi exclusiva de nuestro partido.

Algunas veces, nos tocó cosechar los frutos de ese esfuerzo. Otras, fue un partido diferente el que pudo ganar la voluntad popular. La democracia por la que luchó el PAN durante décadas es para todos los mexicanos, sin importar en dónde militen. La democracia por la que luchó el PAN no pertenece a un grupo en particular, es de toda la nación.

Hasta la próxima.

CARTA X

Estimado amigo:

En respuesta a la pregunta que me haces en tu carta anterior, te digo que sí: sí resulta complejo hablar de mi padre sin caer en viejos rencores ni ceder a la autocomplacencia, y te ofrezco una disculpa si, en alguna parte, soy víctima de estos impulsos, de los que no es fácil librarse.

Y en efecto, los meses de esa campaña y los años de su periodo como presidente del PAN me sorprendieron en plena adolescencia, con esa rebeldía natural que caracteriza a la edad y que me hizo permanecer un tanto al margen de esos sucesos —y esto es un decir, pues el proceso electoral era parte de pláticas propias y ajenas; las noticias llegaban por todos los medios e, incluso, los compañeros de escuela comentaban el tema—.

Mi padre, no obstante, siempre procuró que nuestro acercamiento a la política —tanto el mío como el de mis hermanos— fuese por gusto y voluntad propia, como es en el PAN: no por obligación, sino con la libre convicción de que se está dispuesto a asumir la alta tarea de servir a México. Y mi llegada al PAN ocurrió de forma un tanto azarosa, y varios años después de su muerte. Pero creo que estos asuntos son de otra índole, así

que prefiero seguir adelante con la intención original de estas cartas, que es la de explicarte un poco, más allá de la historia y los principios del panismo, el espíritu de esos principios y esa historia que, a mi parecer, debe acompañar el trabajo de quienes comienzan su vida política en las filas de Acción Nacional.

Y fue ese espíritu el que, en el año 2000, abrió por fin la posibilidad de que, después de sesenta años de lucha por la democracia, la alternancia en la Presidencia de la República fuera posible. Quizá tú aún no contabas con la edad para recordarlo, mucho menos para votar, o estabas lejos de la política y sus actividades, pero creo que en los meses de esa campaña hubo un candor especial en México, del que ni los más escépticos o indiferentes pudieron escapar.

Los ánimos se encendían, pues Vicente Fox, abanderado panista, recorría el país, sumaba el apoyo de cada vez más mexicanos y se perfilaba como el ganador de los comicios que se llevaron a cabo aquel 2 de julio. Sin embargo, hay que recordar que, aunque las encuestas y los estudios de opinión apunten hacia una victoria, en democracia nada está escrito de antemano y un suceso, por pequeño que parezca, puede cambiar de un día para otro la intención de voto.

Por fortuna, nada de eso ocurrió. Llegó el día de la elección. Si bien las posibilidades de triunfo eran muchas, el PAN preparó una jornada electoral con las precauciones necesarias: contar con representantes en el mayor número posible de casillas; tener equipos de abogados dispuestos a defender el voto; contar con una militancia activa y entusiasta, que no sólo durante la campaña, sino hasta el último minuto de la jornada electoral, estuvo al tanto de lo que ocurría, desde el nivel municipal, en cada comité, hasta el CEN, con Luis Felipe Bravo Mena como jefe nacional.

La conformación del IFE se ponía a prueba: sería la primera elección presidencial totalmente organizada bajo los nuevos lineamientos y el reto no era menor, pues estaban en juego no sólo el presente, sino también el futuro de ese organismo, su credibilidad y su prestigio. Presidía el Consejo General un gran mexicano, José Woldenberg, audaz luchador de la democracia que, tras militar en su juventud en la izquierda, fue propuesto para encabezar y ser la voz principal del Instituto.

Se estrenó para esa ocasión el llamado PREP, que permitiría tener resultados preeliminares confiables antes de realizar el conteo total de las boletas, que en ese entonces tomaba casi una semana. De suerte tal que, poco antes de las 11 de la noche, el presidente Ernesto Zedillo apareció en cadena nacional para anunciar al ganador de la contienda y primer presidente panista de México: Vicente Fox.

Los especialistas no se acaban de poner de acuerdo en si en ese momento culmina o empieza la transición a la democracia, pero a mí esa siempre me ha parecido una discusión un tanto ociosa y sin sentido. La alternancia en el Poder Ejecutivo no se dio de la noche a la mañana y, como puedes constatar en estas cartas, fue una “larga lucha”, que no fue instantánea ni improvisada: fue un largo proceso que prácticamente inició con el esfuerzo democratizador de Acción Nacional y al que poco a poco, conforme avanzó el siglo XX, se sumaron distintos actores tanto políticos como sociales, que ese 2 de julio por la noche celebraron por igual el tan añorado triunfo de la oposición.

Alguna vez escuché que, en esa campaña, el gran mérito de Vicente Fox fue convocar a que México despertara, a plena voz y con gran ahínco, y, con ese grito, lograr que la victoria cultural del PAN instalara la democracia en México. Los días siguientes fueron un tanto extraños y se vivieron en un vértigo

en el que tanto el optimismo por el triunfo como los vaticinios de catástrofe resonaron por doquier. Es irónica en este sentido la actitud que el PRI tuvo hacia Zedillo, a quien incluso expulsó del partido como “gran culpable” de la derrota del hasta entonces partido oficial.

En el PAN hemos entendido que la búsqueda de culpables frente a la derrota es absurda: vale más ser críticos, corregir las faltas y tomar nuevos bríos para salir adelante. Pero el problema del PRI en ese entonces es que era un partido cuya autoridad suprema recaía en la figura del Presidente de la República en turno, el supremo líder que designaba a su voluntad y que, asimismo, excluía con la misma voluntad autoritaria y antidemocrática.

El problema de no practicar la democracia interna es que no se conoce ni la victoria ni la derrota: se asume el mandato, la orden, la voluntad de uno, y los demás callan; en contraparte, el PAN había convivido tanto con la victoria como con la derrota, internas y externas, y por eso tuvo durante mucho tiempo la autoridad moral para pedir para todos los mexicanos lo que ya practicaba entre sus filas.

De este modo, y tras el triunfo foxista, comenzó una nueva etapa en México. Ya había prensa libre; aún irresponsable, pero libre. Ya no se padecieron las crisis económicas que caracterizaban el fin de cada sexenio; se creó el Instituto Federal para el Acceso a la Información, IFAI, para dar un paso adelante en el proceso democratizador del país, y al que cualquier ciudadano puede acudir a pedir información sobre el Ejecutivo federal y sus dependencias; se respiró, pues, desde el primer día, un ambiente más libre, más justo y con posibilidades que exigían altura de miras por parte del nuevo gobierno y también por parte de la oposición.

Por desgracia, esto no fue así. El PRI, en una especie de venganza absurda por la derrota propinada, bloqueó en la Cámara de Diputados las reformas que enviaba el Ejecutivo para seguir avanzando en la consolidación de la democracia, de tal suerte que la pluralidad que reflejaba en las urnas la diversidad de nuestro México fue incapaz de ponerse de acuerdo en el Congreso, de negociar y de llegar a los acuerdos necesarios para reformar el entramado institucional que hasta la fecha obstaculiza el óptimo desarrollo del país.

¡Qué diferencia a cuando el PAN, como oposición en el Congreso, respaldaba y negociaba las reformas, siempre pensando en el bienestar y el avance de los mexicanos! ¡Qué diferente concepción de la política entre un partido y los otros! ¿No te parece? Mientras Acción Nacional privilegió los acuerdos y, con su apoyo y aportaciones, fueron posibles instituciones como el IFE, los demás partidos han ocupado espacios de alta responsabilidad pública para cobrarse deudas y rencores personales o de grupo; mientras que el PAN supo anteponer el bien común, la oposición decidió frenar el desarrollo y condenar el futuro de todo México.

La cultura democrática de nuestro país, a la luz de estos tristes acontecimientos, dista mucho, por desgracia, de ser la que fortalezca y haga funcional el sistema político; lo que ha imperado desde hace varios años son los vestigios de esa cultura autoritaria, mezquina, interesada en facciones y grupúsculos, en mantener pequeños cotos de poder, que, con tal de no perderse, comprometen el desarrollo de la nación en su conjunto. Es el caso de los sindicatos, de la reforma política y de otros pendientes que arrastramos del pasado y que se niegan a cambiar para mantener privilegios.

Creo que la siguiente victoria cultural del PAN deber ser precisamente la de fomentar y promover los valores de la transparencia, de la participación, del diálogo y el acuerdo, de la generosidad política, de la justicia, de la legalidad, y otros tantos que aún son ajenos a buena parte de la clase política. De este reto y de las consecuencias de no enfrentarlo, que estuvieron presentes y pusieron en gran riesgo las instituciones democráticas en la elección federal de 2006, platicaremos la próxima vez.

Mientras tanto, no olvides que, tras el triunfo de Fox, hay una larga historia de lucha democratizadora por parte de panistas en toda la República. Sin duda, este espacio no alcanzaría para relatarte los años, los sacrificios y la dedicación que, a lo largo y ancho del país, distinguieron al PAN de muchos estados. Tampoco es lugar para hablarte de los gobiernos estatales y municipales que, con la fuerza de los ciudadanos, hemos conseguido, y desde los cuales hemos cambiado las condiciones de vida de millones de ciudadanos.

Estas historias, muchas veces anónimas, sólo presentes en la anécdota y en el recuerdo de quienes las vivieron o las escucharon, son un baluarte invaluable del PAN. Acércate a quienes puedan relatarte ese tiempo en el que mucho de lo que hoy es posible no existía y ni siquiera podía vislumbrarse en el horizonte histórico. Sólo existía la fe en que el trabajo, el empeño y el esfuerzo redituarian algún día. Y esa esperanza viva, esa suma de manos, de mentes, de trabajo, fue la que llegó, con Fox, a la presidencia en el año 2000.

Hasta la próxima.

CARTA XI

Estimado amigo:
Creo que queda poco por añadir a esta correspondencia que hemos sostenido en las últimas semanas. He intentado —espero haberlo conseguido— no sólo hacer un recorrido sucinto por la historia del PAN, sino, además, despertar en ti el interés por conocer a fondo el espíritu demócrata, participativo y entusiasta que ha marcado la actividad política del partido en sus distintas etapas.

Estas cartas son, y creo que he insistido en ello lo suficiente, apenas el preámbulo a una historia que hunde sus raíces más firmes y más profundas en la doctrina humanista; esa que, sin intentar abarcar por completo, pero con el propósito firme de contagiarte, he compartido contigo; esa que ha sido y sin duda seguirá siendo la que guíe el rumbo de Acción Nacional.

Quedará en ti, en tu curiosidad, en tu decisión de completar esta introducción y en tu deseo de conocer más a fondo nuestros ideales como partido, la posibilidad de ahondar en una bibliografía de la que, con base en lo aquí expuesto, ya puedes extraer algunos títulos y algunos autores. También será tu tarea, si así lo decides, seguir participando en las actividades propias de tu área, de tu comité y del propio partido, para vivir con

plenitud la experiencia, el gusto y el honor de pertenecer a las filas del PAN.

En lo personal, yo pospuse esta decisión de participar de manera activa por algunos años; no obstante, cuando la campaña de 2006, el reto fue mayor y requirió de que todos aquellos que buscábamos por distintos medios —en mi caso mediante la crítica desde el periodismo— continuar un proyecto de país, sumáramos esfuerzos, por medio de la labor partidista.

En ese entonces, hace relativamente poco tiempo, las jóvenes instituciones democráticas de nuestro país fueron, una vez más, puestas a prueba en su capacidad de organizar y regular un proceso electoral complejo, que incluso padeció los ataques, el descrédito y la irresponsabilidad de uno de los actores principales de la contienda: el PRD y su candidato para esa elección presidencial, Andrés Manuel López Obrador.

Muy probablemente recuerdas esos meses de contienda política. El PAN, tras un proceso interno en el que compitieron tres precandidatos, presentó a las elecciones a Felipe Calderón, frente a un perredismo y un priísmo que no realizaron proceso democrático alguno y eligieron a sus respectivos representantes por aclamación. Una vez más, la vocación democrática de Acción Nacional destacó por el ánimo y la pasión de su militancia que, sin temer a la competencia, apoyó al que consideró el mejor abanderado y votó para elegirlo bajo la presidencia nacional de Manuel Espino.

Comenzó la campaña y la maquinaria electoral del partido pronto se topó con rivales que rebajaban la política para llevarla a la arena de la descalificación sin propuesta, de la oferta electoral sin fundamentos y de una cultura democrática cuasi nula. Sin embargo, el PRD obtuvo, incluso, el aplauso de muchos intelectuales que vieron en él la “esperanza” de un México

ilusorio y muy lejano en su diagnóstico y en sus soluciones a nuestra realidad como país y como sociedad.

En las últimas semanas de campaña, tras ir adelante en encuestas y otros estudios de opinión, López Obrador se negó a asistir al primero de los debates entre candidatos, “mandó al diablo” a las instituciones e insultó al entonces Presidente de la República, Vicente Fox. Todo esto dejó en claro que la democracia es una vocación, casi un credo, y que asumir los lineamientos jurídicos y éticos de la política es más que una obligación: es, antes que nada, una convicción que no se sostiene sin haber vivido la democracia hacia el interior de los propios partidos.

El proyecto perredista no tenía mayor sustento que la personalidad caudillista y hasta mesiánica de López Obrador; carecía de una plataforma política y de un proyecto real para el país, pues ponía, en manos del candidato —y no del esfuerzo conjunto y organizado de su partido—, la solución de todos los problemas, situación que, ya en Venezuela, después de la elección de Hugo Chávez como presidente, ha sumido a aquel país, desde finales de los años noventa, en una crisis, no sólo política, sino económica y social.

Tomo el ejemplo de Venezuela, porque lo que hoy día ocurre ahí es lo que pudo pasar en México de haber llegado el PRD al poder. No me queda duda de que al interior de ese partido hay cuadros que creen y viven la democracia; pero en 2006 la supuesta izquierda nacional estuvo representada por la corrientes más retrógradas, autoritarias y herederas del viejo sistema corporativo priísta, que suprime la libertad individual de elegir, quizá por miedo a que cada militante tenga una voz que deba ser escuchada, quizá por la comodidad que otorga la decisión unánime de un pequeño grupo por encima del

consenso general de sus militantes. Eso es lo que ocurre a diario en Venezuela. Eso es lo que se vive hasta la fecha en el PRD. Eso es lo que pudo llegar a pasar en México.

Por fortuna, las cosas dieron un giro que obedeció a la tenacidad de Acción Nacional por demostrar y exhibir la vocación antidemocrática de su principal rival, así como al empeño y la pasión del equipo encabezado por Felipe Calderón. Así, el 2 de julio de aquel año, lo cerrado de la votación dejó en vilo los resultados hasta el día siguiente; fue una noche en la que muchos no pudimos dormir por la expectativa del conteo preliminar, por los nervios y por la adrenalina que, al menos en mi caso, me llevaron a pasar la madrugada en busca de noticias en los distintos portales de internet, tanto del IFE como de diversos periódicos.

La mañana siguiente tampoco arrojó resultados finales, y fue hasta el miércoles cuando el IFE declaró triunfador al Partido Acción Nacional. El júbilo fue inmenso para los panistas: el esfuerzo realizado obtenía su recompensa y se aseguraban de este modo seis años más de gobiernos humanistas, responsables en el manejo de la economía, preocupados por el bienestar de las y los mexicanos, y dispuestos a seguir trabajando por el bien común de todo el país.

Por desgracia, esa vocación antidemocrática que habían exhibido el PRD y su candidato tuvo de inmediato una reacción que puso a tambalear al sistema político nacional: López Obrador desconoció los resultados, alegó fraude y exigió que se realizara de nuevo el conteo de cada acta, de cada casilla y de cada voto, cosa que, en ese momento, era ilegal y anularía las elecciones. Azuzó a sus seguidores en la ciudad de México a tomar una de las calles principales, el Paseo de la Reforma, y a instalar ahí un campamento en señal de protesta.

Las acciones del perredismo, tanto del que estuvo ahí instalado durante meses como del que con su silencio solapaba estas decisiones, hicieron que muchos mexicanos, casi la tercera parte del electorado, que había votado por el PRD —la diferencia en la votación con el PAN fue de medio punto porcentual— desconfiara de las autoridades ciudadanas que conformaban el IFE y el TRIFE, generando así una crisis de credibilidad frente a los organismos encargados de realizar los comicios.

Fue muy triste constatar cómo la falta de cultura democrática, de respeto a las instituciones, aunque el resultado nos desfavorezca, y de apego a la legalidad, llevó a que, meses después (y con base en una multitud que, supuestamente, solicitaba a quien la encabezaba, cumplir la ley), el consejero presidente del IFE, Luis Carlos Ugalde, fuese destituido por acuerdo de los diputados de todos los partidos, poniendo en tela de juicio el auténtico carácter ciudadano que dio vida al Instituto Federal Electoral. El testimonio de Ugalde fue publicado bajo el título *Así lo viví*, un libro en el que podrás encontrar la historia de esa elección, vista desde uno de sus actores principales.

Este tipo de presiones, no sólo del que las ejerce, sino de quien cae en la provocación, y que fueron encabezadas y orquestadas por López Obrador, hicieron que el avance de nuestra democracia se detuviera e inclusive retrocediera; y aunque por fortuna el prestigio y la credibilidad en el IFE están hoy en día vigentes, queda la marca de una actitud antidemocrática, ilegal, autoritaria y condenable por parte de quienes, desde su fundación y hasta la actualidad, han vivido con plenitud la democracia, respetando derrotas cuando suceden, pero luchando por la victoria por todos los medios legales e institucionales.

Es ante escenarios como el que se vivió en 2006 que se pone a prueba la vocación democrática. Y es sin duda un honor y un acierto que el PAN haya salido, no sólo victorioso en la contienda electoral, sino que, además, siga siendo el único partido político en México que vive y practica la democracia.

Muchos oponentes cuestionarán esta aseveración, pero tú mismo puedes constatar cómo las elecciones internas de los otros partidos, de sus candidatos y sus representantes siguen siendo por aclamación o imposición de unos cuantos, en detrimento de una consulta que dé a sus militantes la opción de elegir por la opción que consideren la mejor. La democracia, y perdona que insista en ello, no se impone ni se obliga: es una práctica cotidiana y requiere, para funcionar, de verdaderos demócratas.

Como verás, pensaba concluir esta correspondencia con estas líneas, pero hace falta un breve acercamiento a la labor de Felipe Calderón como presidente de México. De eso hablaremos en la siguiente misiva.

Hasta pronto.

CARTA XII

Estimado amigo:

Hoy como ayer, la labor política, ya sea en la oposición o en el gobierno, exige de un gran valor para enfrentar con seriedad y profesionalismo los problemas que padece nuestro país; si bien muchos de éstos han cambiado, hay otros que, por omisión y complicidad durante varias décadas de corrupción, crecieron a la sombra de un poder permisivo, que muchas veces eligió mirar a otra parte y con ello pretender que los conflictos no existían.

Hubo, durante años, cierta comodidad en el ejercicio del gobierno, pues se minimizaba la gravedad de los conflictos, como era el caso de las crisis económicas: discursos y grandes frases hacían la apología del gobierno, repartían culpas y destacaban la tenacidad del pueblo mexicano para salir adelante, mientras era precisamente la población la que padecía, sexenio tras sexenio, la ineptitud gubernamental.

Ya te he hablado de cómo esta condición de quiebra de las finanzas públicas terminó cuando el PAN accedió a la Presidencia de la República. No obstante, y como seguramente sabes, la economía requiere de un entorno de legalidad para funcionar de manera óptima. Esto es, que el productor tenga

seguridad de que sus productos no serán robados en los caminos; que el trabajador pueda disfrutar del fruto de su trabajo y no esté a merced de asaltantes o secuestradores; que la ley se haga valer y asegure que, en cada rincón del país, hay autoridades competentes que garantizan la vida pacífica y en calma.

Esto lo entendió muy bien Felipe Calderón desde que salió en busca del voto ciudadano durante la elección presidencial de 2006. Y, de igual forma, lo puso en práctica desde su gobierno: el primer día del sexenio, ordenó a las Fuerzas Armadas, en su calidad de Comandante en Jefe, combatir al narcotráfico en todo el territorio nacional, pues su presencia y operación había corrompido a las instituciones, amenazaba la seguridad de las y los mexicanos, y ponía en riesgo la estabilidad del país.

La decisión no fue sencilla y obedeció a un acto de valor que, a la postre, fue denostado y criticado con dureza por la opinión pública. Pero es un hecho irrefutable que, por decirlo en términos coloquiales, la cloaca que se destapó con esa decisión demostró tener mucha más porquería de lo que muchos imaginaron.

Prueba de ello ha sido, durante los últimos años, el recrudecimiento de las operaciones de estos grupos criminales, que han sufrido duros golpes por parte del gobierno tanto en su estructura como en sus finanzas y sus actividades. Decomisos de droga, arrestos de capos, aseguramientos de armas y dinero, todo ello ha demostrado el potencial del hampa en nuestro país y ha dejado en claro —por desgracia aún no para todos— la urgencia de frenar y hacer retroceder su avance.

Asimismo, ha puesto a la luz pública cómo el poder del narcotráfico de corromper a las instituciones le había generado complicidad en altas esferas de policías, procuradurías e incluso juzgados (mucho más en el nivel estatal que en el

federal), por lo que la presencia del ejército como garante de la seguridad pública fue necesaria para hacer el trabajo que las autoridades municipales habían dejado de realizar en muchas localidades, literalmente secuestradas por criminales.

Por desgracia, esta labor de enfrentar al narcotráfico requerirá tiempo, y es innegable que seis años son pocos para desmontar estructuras que llevan décadas destruyendo el tejido social de nuestra nación. Era necesario dar un paso decisivo en su combate, y una vez más, con responsabilidad y altura de miras, han sido los gobiernos emanados de las filas de Acción Nacional los que han tenido el valor y la determinación para hacerlo.

No todas las decisiones que toma un gobernante son populares ni aplaudidas de manera unánime ni tienen el apoyo de toda la población. Eso sería negar la pluralidad, la diversidad e incluso el derecho a disentir que tiene cada ciudadano. Las acciones de Felipe Calderón en el tema del narcotráfico han recibido duras críticas que, contrario a lo que se hacía en otras épocas, no pueden ni ser silenciadas ni desatendidas.

En este sentido, el gobierno federal abrió canales de diálogo para grupos de mexicanas y mexicanos que han cuestionado las acciones del Ejecutivo, buscando no sólo atender la inconformidad sino también hallar propuestas entre la sociedad civil. Por desgracia, y hasta este momento, no ha habido una sola que sea una alternativa real para frenar el avance del narcotráfico.

El combate al crimen organizado ha sido uno de los aspectos que el gobierno de Felipe Calderón atendió con mayor urgencia, pero no el único. En la actualidad, los avances en temas de infraestructura carretera, en cobertura universal de salud o en estabilidad económica no sólo son innegables y tangibles,

sino que se traducen en mejorar la calidad de vida de cada mexicano beneficiado por atención hospitalaria, por mejores comunicaciones o por las ventajas de tener un sistema económico que resiste incluso los embates de las crisis financieras internacionales, como fue la iniciada en Estados Unidos en el año 2008.

Resulta indispensable que conozcas a fondo los avances económicos políticos y sociales que llegaron no sólo con Felipe Calderón, sino, además, con los gobiernos emanados de Acción Nacional. Tanto en el nivel federal como en el estatal o el municipal, es innegable cómo en doce años México ha tomado un rumbo distinto al que tuvo durante las administraciones priístas, que gozaron de sesenta años de poder absoluto y dejaron tras de sí un país que, si bien avanzaba con un mínimo de certeza institucional, padecía enormes rezagos, que sólo podían contenerse y repararse con administraciones que pusieran el bien común de la nación por encima de intereses parciales, momentáneos o de grupo.

Hace falta, insisto en ello, mucho valor y un alto sentido cívico de servicio para estar al frente de un país, de un estado o de un municipio. El PAN ha sabido responder a la confianza que los ciudadanos depositan al votar, y, si bien es mucho lo que falta por hacer, pues el trabajo de gobierno es prácticamente infinito, puedes estar seguro de que Acción Nacional sigue siendo el partido que más y mejor trabaja por México.

Como militantes partidistas, o dado el caso, cuando llegues a ocupar un puesto público, huye como lo han hecho los grandes nombres de la historia del PAN de la comodidad, de la mediocridad, del conformismo: sé realista al momento de detectar problemas, sensible ante quienes pueden padecer por las decisiones que tomes y capaz de responder por cada uno de tus

actos con el orgullo, la satisfacción y la recompensa del trabajo bien realizado.

Recuerda que la política es una vocación de servicio y que entenderla de otro modo es tergiversar su fin principal; esto, inevitablemente llevará a que tus medios para alcanzar los objetivos queden también pervertidos y lejanos al bienestar de la población. México aún sufre de enormes desigualdades, de una repartición de la riqueza injusta y dolorosa que se traduce en una imagen que a mí, en lo particular, me resulta indignante: la tienda de automóviles de lujo en cuya puerta un indígena pide limosna.

Lucha siempre por ese que está ahí a la espera de que su gobierno genere las condiciones para que pueda, por sí solo, por sus capacidades y determinación, salir adelante. Nunca olvides aquella máxima del PAN que dicta: tanta sociedad como sea posible, tanto Estado como sea necesario. Ten cuidado con quienes pretenden que el Estado sea quien solucione todos los problemas, pues esto jamás será posible.

El Estado debe ser el gran facilitador y encauzar el esfuerzo de las personas, pero se acompaña en esta gran misión de legisladores, encargados de crear las leyes y construir las reformas que aún hacen falta, y de un Poder Judicial que aún tiene el gran pendiente de garantizar justicia por igual a cada mexicana y mexicano. La tarea es compartida y cada parte debe hacer lo suyo. Verás sin duda mucha mezquindad, mucha antipatía e incluso mucha voluntad para frenar los esfuerzos de avance y mejora, y, muy probablemente, serán aquellos que se oponen al crecimiento y el desarrollo los primeros en culpar a otros de sus yerros y omisiones.

Recuerda y difunde la importancia de esa corresponsabilidad en la conducción del país. Es determinante que sea la

sociedad la que con su voto premie y castigue el desempeño de sus gobernantes y representantes, pero esto sólo es posible cuando la gente está informada, participa, critica y exige a quienes elige para dar lo mejor de sí.

Creo que hemos recorrido ya, a través de estas cartas, la historia de las grandes aportaciones y el espíritu que ha acompañado la labor de Acción Nacional. Espero con gusto tu respuesta y ojalá que, sin resultar demasiado tediosa, esta charla que hemos tenido por esta vía sea de provecho para ti, que deseas poner tu parte para hacer de este el gran país que, sin duda, podemos llegar a ser.

Hasta pronto.

CARTA XIII

Estimado amigo:

Te agradezco, antes que nada, la paciencia y el empeño que has tenido para leer y comentar cada una de estas cartas. En lo personal, he disfrutado mucho recorriendo esta historia de la que has decidido formar parte para seguir construyendo juntos nuestra tradición democrática.

Me pides, como último eslabón de esta cadena epistolar, compartir contigo mi opinión sobre el presente y el futuro del PAN, más allá de sus gobiernos y de cara al interior del propio partido.

Haciendo honor al espíritu crítico y objetivo de quienes nos han antecedido como militantes, te comparto estas impresiones que, insisto, son a título muy personal y basadas en lo que he podido ver y vivir como panista novel y, sin lugar a dudas, poco experimentado en muchas de las áreas de la vida partidista.

Me parece que hoy día, Acción Nacional se enfrenta al reto de ser poder, más que desde el lado técnico, desde el lado ético; eso es, la conducta que un servidor público emanado de las filas del partido debe cumplir para honrar el nombre y los principios panistas. No es estrictamente necesario militar

en el partido para ser un buen servidor público, pero en caso de pertenecer a un gobierno emanado del PAN, sí creo que es fundamental cumplir con esa parte ética que exige congruencia con los valores humanistas de los que hemos hablado a lo largo de esta correspondencia.

Por desgracia esto no siempre se cumple, lo cual acarrea que, en nombre de unos pocos, se desvirtúe el esfuerzo de todo el conjunto; esta situación es grave, pues el prestigio y el buen nombre que el panismo ha intentado cuidar a lo largo de su historia quedan desprestigiados con uno solo que incurra en corruptelas, malos manejos de fondos, autoritarismo y otros vicios que son connaturales al poder y contra los cuales sólo pueden levantarse los principios y los valores. No se vale que, en nombre de una minoría, se ensucie el esfuerzo de varias generaciones que se han empeñado en demostrar que la política no tiene por fuerza que ser sucia, tramposa o fraudulenta.

Otra cuestión que considero puntal radica en el modelo de ejercer el gobierno que quedó implantado en nuestro país tras muchas décadas de autoritarismo y que, prácticamente, forma hoy día parte de nuestra cultura. ¿A qué me refiero con esto? A cosas tan simples como, por ejemplo, los refranes. Podrá resultar simplista el argumento, pero todo el mundo sabe qué significa “El que no tranza no avanza”, o “el año de Hidalgo” o “el que se mueve no sale en la foto”, o “vivir fuera del presupuesto es vivir en el error”. Estas expresiones de uso común son retrato y reflejo de ese modo tramposo y deshonesto de ejercer el poder que aún se mantiene vigente en muchas áreas.

A veces me da por pensar que el priísmo construyó un auténtico laberinto para gobernar este país: entramado de muros y pasadizos donde se encuentra el sindicalismo autoritario y antidemocrático, donde aún sobrevive la prebenda, la

corrupción, el amiguismo de los malos políticos; al llegar el PAN al poder, no estoy seguro de que haya hecho lo suficiente, no para derrumbar ese laberinto (porque hacerlo hubiera sido querer empezar de cero), pero sí para ver qué muros estorbaban, cuáles se podían evitar, dónde había callejones sin salida, de tal suerte que esa madeja se simplificara de manera paulatina.

Creo que el PAN ha intentado resolver ese laberinto en vez de repararlo, y mientras tanto, los priístas disfrutaban viendo cómo nos topamos una y otra vez con muros que, en vez de perforar, nos hacen retroceder e intentar otro camino para toparnos con un muro nuevo, que tampoco perforamos, y así, *ad infinitum*; mientras tanto, ellos, que sí saben cómo resolver el laberinto, regresan al poder para seguir con esas malas prácticas que tanto daño le han hecho a México y que, a su vez, tanto han desprestigiado a la clase política.

En este sentido, si el PAN como oposición se ha distinguido de sus rivales por ejercer el poder con responsabilidad, impulsando aquello que de verdad ayuda a tener un mejor país, es fundamental seguirnos distinguiendo por ser el motor que facilita el desarrollo y el crecimiento de las y los mexicanos, como ha sido en muchos estados, primero, y después a nivel nacional, manejando responsablemente la economía, enfrentando problemas del tamaño del narcotráfico y el crimen organizado, procurando que los servicios de salud y la educación lleguen a quienes más lo necesiten, manejando los recursos económicos de manera responsable y eficiente, y también preservando el entorno natural mediante el cuidado y la protección de nuestros recursos naturales.

Otro aspecto importante, y que tiene que ver con la normalidad democrática de nuestro país, es entender que, en este

sistema político, la derrota y la victoria son parte cotidiana de la competencia. Me ha tocado conocer a panistas que, tras algún descalabro electoral, en el nivel municipal o estatal, se sumen en la depresión, en el pesimismo y en el fatalismo, como si todo debiera ser siempre un triunfo constante.

La alternancia debe ser una normalidad de nuestra vida democrática, pues, si bien se busca que, mediante herramientas como la renovación generacional, la ética y la ideología, podamos mantener una visión en constante actualización de la realidad nacional y de las necesidades del país, las coyunturas diversas y variantes que rodean una elección pueden dar un resultado adverso, lo cual debe ser ocasión para ver en qué se falló y cómo corregirlo, sin descuidar el papel de oposición. Si el electorado nos va a reconocer con su voto, esto será no sólo por una campaña atractiva y realista, sino, sobre todo, por el trabajo cotidiano que realicemos como partido, ya sea desde la oposición o desde el gobierno.

Esta suma de puntos es, a mi entender, el reto más importantes que tiene hoy día el PAN. Uno más, pero que es más interno, es el de generar nuevos esquemas de formación y capacitación para construir nuevos cuadros capaces, conocedores de nuestra doctrina y de nuestros valores, que entiendan el servicio público como una misión a la que es necesario entregarse a plenitud, sin mezquindad y con auténtica vocación. Sin esta voluntad de seguir difundiendo nuestro ideario, el partido corre el riesgo de perder su identidad, que es lo que nos ha hecho distintos y distinguibles.

Sin más, concluyo esta correspondencia pidiéndote que ahí donde tu trabajo y tu esfuerzo te lleven, la trinchera que sea, tengas siempre presente que eres depositario de una tradición, de la tradición panista; pero sólo podrás ser parte de ella si, a la

vez, contribuyes para enriquecerla, actualizarla y compartirla, para que pueda ser tradición renovada para los que vienen detrás. Si nuestro pasado hace grande nuestro presente, debemos engrandecer nuestro presente para hacer posible un futuro en el que los que lleguen puedan seguir construyendo esta patria ordenada y generosa. Es mucho lo que Acción Nacional aún debe aportar a México. Es mucho lo que aún queda por alcanzar. Te invito a dar el siguiente paso.

Hasta pronto.

CONSEJO EDITORIAL

Dip. Juan Pablo Adame Alemán

Presidente

Grupo Parlamentario del PAN

| | |
|---|--|
| Dip. José Enrique Dóger Guerrero <i>Titular</i> | Dip. Tomás Brito Lara <i>Titular</i> |
| Dip. Eligio Cuitláhuac González Farías <i>Suplente</i> | |
| Grupo Parlamentario del PRI | Grupo Parlamentario del PRD |
| Dip. Ricardo Astudillo Suárez <i>Titular</i> | Dip. Alberto Anaya Gutiérrez <i>Titular</i> |
| Dip. Laura Ximena Martel Cantú <i>Suplente</i> | Dip. Ricardo Cantú Garza <i>Suplente</i> |
| Grupo Parlamentario del PVEM | Grupo Parlamentario del PT |
| Dip. Luis Antonio González Roldán <i>Titular</i> | Dip. José Francisco Coronato Rodríguez <i>Titular</i> |
| Dip. José Angelino Caamal Mena <i>Suplente</i> | Dip. Francisco Alfonso Durazo Montaña <i>Suplente</i> |
| Grupo Parlamentario de Nueva Alianza | Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano |

Mtro. Mauricio Farah Gebara

Secretario General

Lic. Juan Carlos Delgadillo Salas

Secretario de Servicios Parlamentarios

Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública

Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género

Centro de Estudios de las Finanzas Públicas

Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria

Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias

Centro de Documentación, Información y Análisis

Lic. Édgar Piedragil Galván

Secretario Técnico del Consejo Editorial

Cartas a un joven político

DE CARLOS CASTILLO LÓPEZ,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE OFFSET REBOSÁN,
EN LA CIUDAD DE MÉXICO,
EN AGOSTO DE 2013.
EL TIRO CONSTA DE 4000 EJEMPLARES



La colección Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano que presenta el Consejo Editorial de la H. Cámara de Diputados, LXII Legislatura, pretende mostrar, por medio de la pluma de significativos escritores, periodistas, historiadores y pensadores, en distintas etapas de la historia nacional, las ideas y expresiones que cimentaron y enriquecieron nuestra norma jurídica a favor del bien colectivo.

Tras la Independencia, la organización del joven país requirió de una intensa labor legislativa para reconocer que la soberanía reside en la Nación. Esta lucha se prolongó hasta la consolidación como República gracias a las Leyes de Reforma, las cuales constituyeron la revolución cultural más trascendente del siglo XIX mexicano, además de ser uno de los más notables antecedentes de los estatutos que actualmente rigen el Estado.

De esta manera, la colección Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano rescata una visión distinta de nuestro fuero y difunde los principios de libertad, integridad y democracia del pensamiento legislativo y político mexicano.



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS



CONSEJO EDITORIAL
CÁMARA DE DIPUTADOS

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO
LEGISLATIVO Y POLÍTICO MEXICANO